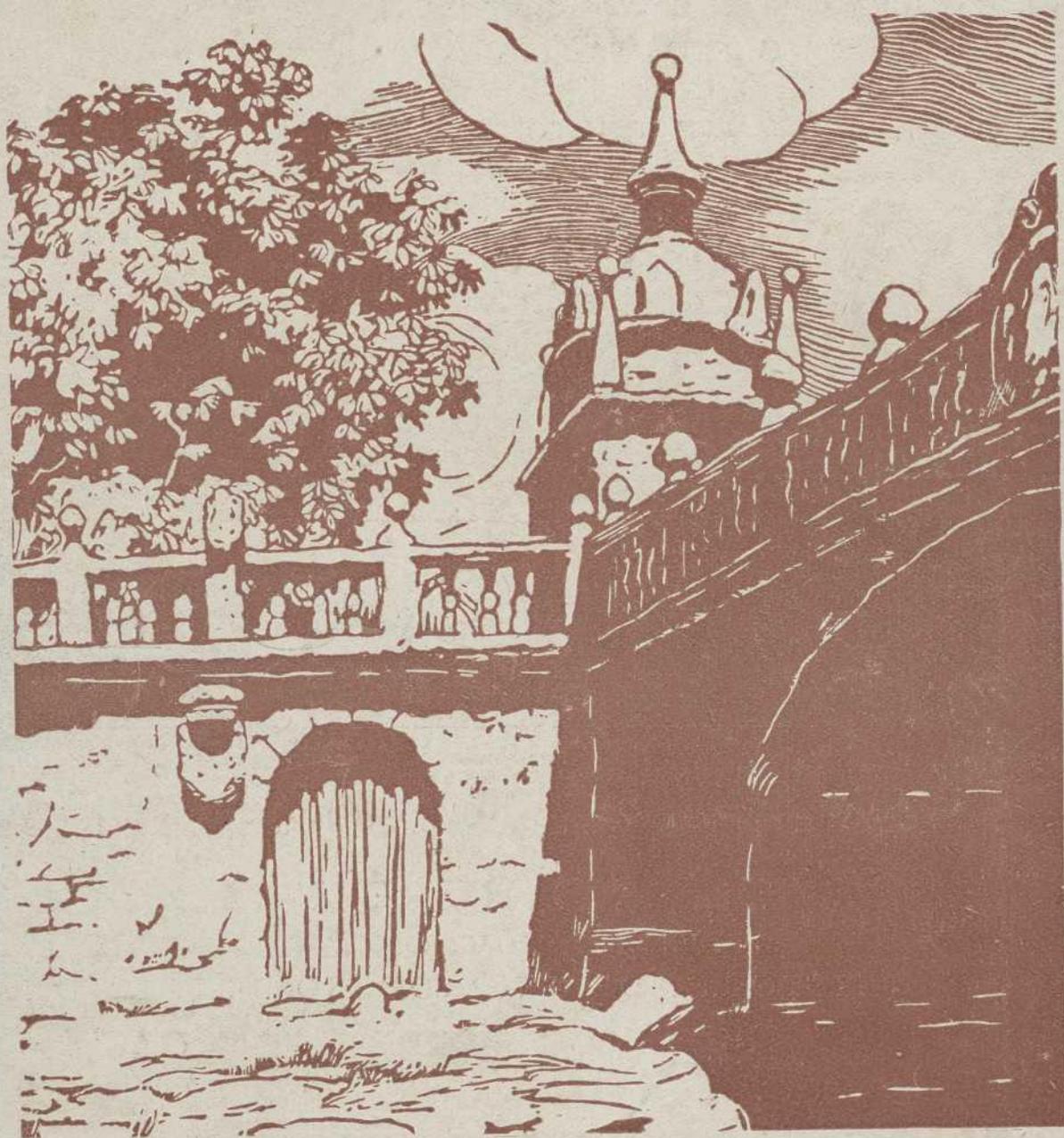


FINISTERRE

Revista de Galicia



Un rincón del Palacio de Fefiñanes de Cambados
POR CARLOS SOBRINO

EN ESTE NÚMERO: ROMERÍA DEL CRISTAL.—CHARLA CON EL FAMOSO VIOLINISTA MANOLO QUIROGA.—PONTEVEDRA Y EL MAR.—CONFESIONES DE PILAR MILLÁN ASTRAY.—DEPORTES.—EL CONGRESO INTERNACIONAL DE ANATOMÍA.—GARCÍA SANCHIZ Y EL «SANTIAGUISMO».—SAN PEDRO DE MEZONZO.—MACÍAS, EL ENAMORADO.—UN CUENTO DE HUMOR.—PÁGINA INFANTIL.—LIBROS, ETC. ETC.

PRECIO

2
PTS

AÑO I

NUM. 3

Café - Bar - Restaurante
Taberna Española



U R Q U I N



Calle García Camba = PONTEVEDRA = Teléfonos 18 y 344

FINISTERRE

Revista de Galicia

MENSUAL ILUSTRADA

Director-Propietario: EMILIO CANDA • Redactor-Jefe: CELSO EMILIO FERREIRO

Redacción y Administración: Joaquín Costa, 8 • Talleres: "Gráficas Torres", D. Filiberto, 9. Tel. 202

PRIMER PLANO

TRIUNFO DE DOS ARTISTAS GALLEGOS EN BUENOS AIRES

Entre los festejos con que la ciudad del Plata ha saludado este año el advenimiento de la Primavera, figuró la solemne inauguración del XXXIII Salón Nacional de Bellas Artes, celebrada en el mes anterior. En dicho certamen —escultura, pintura, grabado y dibujo—, cuyo Jurado admitió 387 obras de variadas tendencias, inspiraciones y estilos, han obtenido las primeras medallas dos artistas gallegos, poco conocidos de nuestro público: Manuel Fernández Teijeiro y Manuel Suero.

Desde los primeros días se definió de un modo unánime el triunfo que les estaba reservado; tal era la superioridad de las obras de nuestros paisanos sobre las demás expuestas en el reñido e importante certamen.

He aquí como el redactor-corresponsal de «ABC» en Buenos Aires, Góngora, dá la sensacional noticia:

«Me siento espontáneamente atraído y retenido por dos magníficas obras, una escultura y una pintura: la primera es un admirable desnudo, realizado en cemento patinado, que reproduce, con fino sentido moderno, una mujer yacente y que revela una inspiración vigorosa y delicada al mismo tiempo; la segunda es un óleo bellísimo, que traslada al lienzo un rico y jugoso paisaje. Firman, respectivamente, estos envíos Manuel Fernández Teijeiro y Manuel Suero, españoles ambos, de la suave y dulce Galicia. Pero no es solamente, como pudiera imaginarse, un sentimiento patriótico el que me detiene ante estas producciones de plenos aciertos y depuradas calidades artísticas; los jueces calificadores han vibrado al unísono con mi juicio admirativo concediendo a uno y otro artistas las primeras medallas reservadas en cada sección para los no argentinos, distinciones que me llenan de noble orgullo nacional y más aún en el caso de Teijeiro, ya que el premio alcanzado reviste doble importancia habida cuenta de que no se discierne desde el año 1933.»

Registramos alborozadamente en las columnas de FINISTERRE el triunfo de estos dos artistas que así honran desde lejos a la tierra que les vió nacer, felicitándoles y felicitándonos por las preciadas recompensas alcanzadas, compartiendo el honor y la alegría de Manuel Fernández Teijeira y Manuel Suero, nombres ya inolvidables en nuestra admiración y en nuestro recuerdo ferrosoro.

EL CONGRESO INTERNACIONAL DE ANATOMÍA DE SANTIAGO

El Congreso luso-hispano-americano de Anatomía, celebrado en Santiago del 11 al 15 del mes anterior, ha revestido caracteres de magno acontecimiento científico y ha constituido un verdadero éxito para sus organizadores. No podemos, pues, silenciar el nombre del Dr. Jorge Echeverry, de la Facultad de Medicina de Compostela, a cuya tenacidad y capacidad de trabajo, puestas al servicio de la preparación del acto, se debe, en rigor, que el Congreso alcanzase categoría de internacional y tuviese lugar en la ciudad del Apóstol, añadiendo al brillante historial médico de Santiago nuevos motivos de gloria.

El Congreso ha dado, además, una nota altamente simpática y significativa, rindiendo público homenaje de admiración y recuerdo al sabio anatómico Andrea Versalius, florentino y amigo de España, en conmemoración del Cuarto Centenario de su obra «De Humani Corporis Fabrica». En la escalinata de honor de la Facultad lució, durante los días del Certamen, un magnífico grupo escultórico del gran Asorey, simbolizando a Versalius y su obra inmarcesible.

Lo mismo en la sesión de apertura celebrada en el Paraninfo de la Universidad de Compostela, que en los años científicos llevados a cabo en La Coruña, que en la clausura realizada en Vigo, se dió cita en todo momento junto a la brillantez de los trabajos presentados la más austera solemnidad, desarrollándose el programa dentro de un ambiente de interés y altura científica, que fué su más acusada tónica.

«La trascendencia de este Certamen —escribe un cronista— escapa a los reducidos límites de una leve nota informativa; pero hay un hecho reiterado en este acontecimiento científico: Es el refrendo de las estrechas relaciones que desde muchos años existen entre Portugal y España, en todos los aspectos de la vida espiritual, científica, deportiva y comercial, y de una manera primordial entre la nación vecina y la región gallega. Descontado el contacto geográfico, hay entre los dos pueblos una bien definida comunidad de aspiraciones y una honda simpatía, que llega a borrar las fronteras físicas, pese al trámite aduanero.»

«Este Congreso Internacional de Anatomía es un nuevo eslabón en esta estrecha sincronización de afinidades

e intereses. Los ilustres hombres de ciencia portugueses que a él concurrieron— la más alta representación de los centros universitarios de Lisboa, Coimbra y Oporto— al pisar las aulas compostelanas se sentían en su propia casa, entre camaradas. Porque la amistad hispano portuguesa es un hecho real, tangible. Y en su acrecentamiento corresponde a Galicia una parte esencial, como lo evidencian actos tan relevantes y significativos como este Congreso Internacional.»

Esperamos que tal acontecimiento científico habrá dejado en nuestra región huellas provechosas y fecundas.

UN TEMPLO A SAN PEDRO DE MEZONZO EN LA CORUÑA

En otro lugar de este número, nuestro querido colaborador Joaquín Pesqueira, firma en la sección «Retablo de Galicia» una sugestiva biografía de uno de los más esclarecidos santos de la Iglesia española: San Pedro de Mezonzo.

Su ingente figura ha vuelto al primer plano de la actualidad: en La Coruña va a rendírsele un homenaje levantando un templo en su honor.

El nuevo templo tendrá las características de Basílica, y han contribuído generosamente para su construcción, S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, así como diversas entidades económicas.

Además de constituir un tributo justísimo de devoción por su santidad y sus excelsas virtudes espirituales, viene a remediar asimismo, una urgente necesidad religiosa.

La parroquia de San Pedro de Mezonzo, que cuenta en la actualidad con una iglesia capaz únicamente para doscientos feligreses, tiene veinticinco mil habitantes. Por lo tanto, un importante sector de la población coruñesa verá de esta manera, satisfechas sus necesidades espirituales, al mismo tiempo que, la figura de San Pedro de Mezonzo, autor de la Salve, y uno de los más insignes obispos de la España cristiana, será glorificada como merece, siendo este el primer templo que se levanta en el mundo en honor del Santo de Mezonzo.

Toda la prensa de España se ha hecho eco de esta magnífica iniciativa, debida al celoso párroco de San Pedro de Mezonzo, el batallador y veterano periodista D. José Toubes, al que felicitamos y ofrecemos nuestro concurso.

A nuestros lectores remitimos a la sección «Retablo de Galicia», en la que hallarán curiosísimos detalles de la vida intensa y gloriosa del autor de la «Salve, Regina», la más bella poesía de todos los tiempos.

PRÓXIMA INAUGURACIÓN DEL SALÓN DE OTOÑO

Nuestro buen amigo y colaborador, el laureado artista coruñés Manuel Abelenda, representante en Galicia de la Asociación de Pintores y Escultores de Madrid, nos comunica que la tradicional Exposición «Salón de Otoño» será inaugurada en estos primeros días de Noviembre.

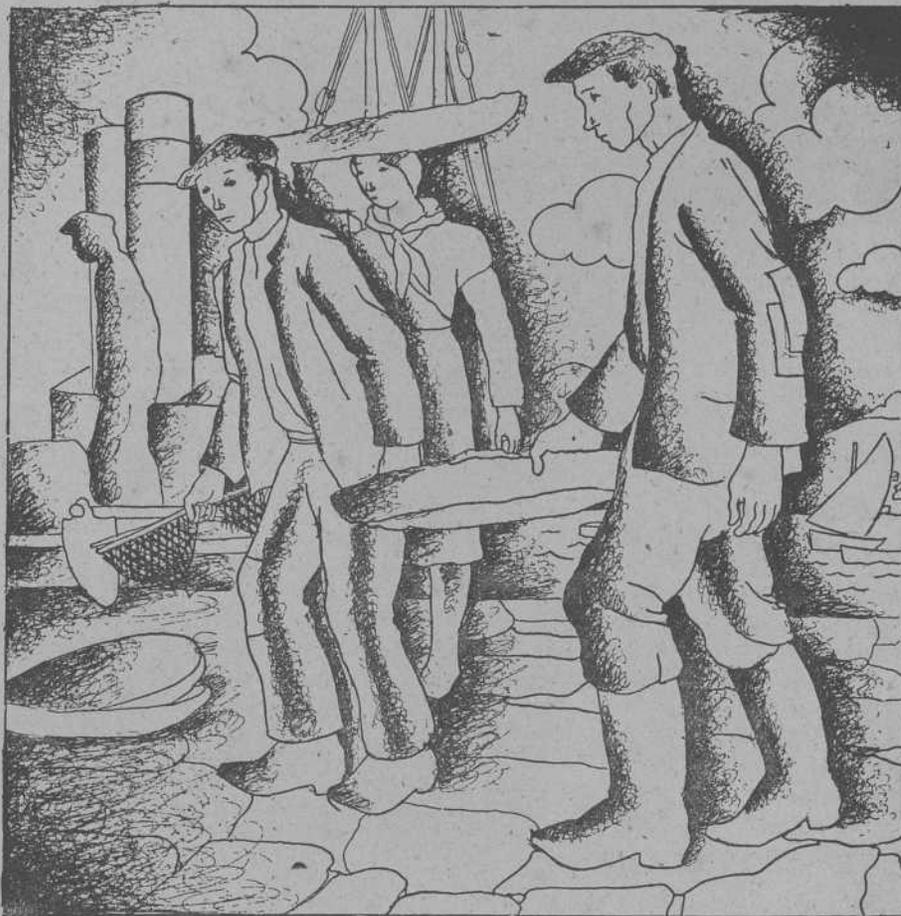
Esperamos que los artistas gallegos, que tan merecidos laureles obtuvieron en la reciente Exposición Nacional de Bellas Artes, concurrirán a este destacado certamen para renovar los éxitos logrados, demostrando, una vez más, la pujanza y depurada factura del Arte gallego.

A su debido tiempo, FINISTERRE dará cuenta a sus lectores del resultado de dicha Exposición por medio de sus redactores-corresponsales en la capital de España.

ACUSE DE RECIBO

Frecuentemente llegan a nuestra redacción, cartas de numerosos lectores de distintos puntos de Galicia, y aun de fuera de ella, en la que nos felicitan por la aparición de FINISTERRE y nos estimulan a no desmayar en en nuestra empresa.

A todos hemos de contestar particularmente. Por hoy, sirvan estas líneas de acuse de recibo y agradecimiento a su amabilidad y a sus frases de elogio, que estimamos en todo lo que valen.



ESCENAS MARINERAS

Apunte del natural por A. PORTELA.

CENIZAS AL VIENTO

P O R

SANTIAGO AMARAL

(Especial para FINISTERRE)

EN el primer tercio del ochocientos el señorito de Torroál atendió una mañana brumosa de Todos los Santos el heroico consejo de su madre: —«El mundo es muy grande para un joven de veinte años.

Véte! Me resigno, por tu porvenir, al sacrificio de que no me cierres los ojos. Esto se acabó. Llueve en la sala grande, las rentas están hipotecadas, el patrimonio enfermo sin remedio como los castaños del soto plantados en los días de Carlos III y el Arzobispo Rajoy. Ya no sirven para nada el apellido ilustre y los modales. Tienes las manos demasiado finas para cavar la huerta y muy rígido el espinazo para solicitar un triste destino de oficinista. Tus hermanas casadas por estas aldeas con hombres buenos y ordinarios, de chaqueta remontada, cuidarán de que a la pobre vieja no le falte una taza de caldo y una brasa en el hogar. Sabía que este momento debía llegar y he ahorrado estas onzas para tu travesía.»

El señorito de Torroál besó a su madre y abandonó la casa para embarcar en un velero con rumbo a las Antillas. Vió la asamblea ensoñadora de los viejos castaños bajo la fría llovizna del mes de los Santos, el horizonte verde cerrado por las siluetas de los castros insomnes y lejanos, y en los sauces del río las últimas llamas espectrales del Otoño.

A mediados del ochocientos el señorito de Torroál era rey absoluto de vastas haciendas antillanas. La casa, de finas maderas de cedro, era amplia, fresca, perezosa. La llenaba la fragancia de las magnolias, la decoraban muebles de palo-rosa incrustados de madre-perla y cortinas de linón. La niña mayor educada en Filadelfia suscitaba en el hermoso piano Erard, el primero llegado a la isla, los temas vaporosos de los vals de Strauss o la melancolía de las sonatas del Norte. Los niños cabalgaban en finas jacas por las vastas haciendas de caña y tabaco, entre los saludos admirativos de la negrada.

En la capital la familia deslumbraba con su lujo en el paseo de coches, en el palco del teatro, en los saraos de capitanía donde en el grupo de autoridades y banqueros el consejo del hacendado era tan atendido como su firma en los despachos de Nueva Orleans y Veracruz, y sus órdenes y planes por los capitanes de los barcos que cruzaban el Golfo de Méjico. La murmuración se acallaba y las vagas referencias a negocios de ébano, a burladas pólizas de seguro marítimo y concomitancias con yankis de rifle y cimarrones de seguro machetazo, cedían ante la perla de la corbata y la cortesía un tanto desdeñosa de hombre seguro de sí mismo y de los vicios de los demás, del hacendado, en quien apesar del volteo de chicote que algunas veces lucía al manejar su bengala de enjoyado puño, conocían un nacimiento distinguido.

Pocas veces se acordaba de su tierra de verdes húmedos y retamas grises al viento. Algunas veces la llama inmaterial de los sauces otoñales que le había despedido una mañana del mes de los Santos, se le representaba en el cálido otoño tropical cuando sentado en su galería probaba una nueva marca de sus habanos. La lumbrera del cigarro al encenderse, la llamita rápida y sutil del antimonio que todo buen fumador aprecia más que el rayo verde de los ponientes, tenía un momento el color de aquellos sauces. Pero a su esposa criolla no le

gustaba oír hablar de la tosca Galicia. Pasaba en la hacienda el día gloseando cofituras preparadas por el cocinero chino el mejor de la Antilla, y se adormecía al compás de los lánguidos cantos de las cuarteronas.

Solo ante Luis, el hijo mayor que tenía los ojos garzos y el cabello castaño al contrario de sus hermanos de tipo criollo, sentía el hacendado acentuársele los recuerdos. Se parecía al retrato de su abuelo colgado en el salón de la casa de Torroal. Cuando Luis, de quince años, volvió del colegio mas caro y distinguido de Boston, el padre quedó sorprendido. Se había transformado, casi no le reconocía y al mismo tiempo le parecía el hijo más fiel a su estirpe. Luis recitaba poemas de Shelley, vestía a lo dandy, afectaba una lejana melancolía y su piel blanca y sus ojos garzos parecían deslumbrados y molestos ante el esplendor de la luz y la cromática excesiva del profuso jardín de los magnolios enervantes y las guirnaldas de glicinias.

El Septiembre del año en que Luis cumplía los dieciocho fué particularmente cálido y febril. Envenenaba la fragancia de las flores. Los negros morían a montones en las chozas de cañas y barro. El vómito negro diezaba a los obreros blancos tan esclavos como los tiznados gracias a los contratos leoninos. Se multiplicaron los crímenes, los «majás» aumentaron la agresividad de sus anillos estranguladores, con frecuencia los incendios crepitaban en la calma sudorosa de las noches. Luis asistió a la agonía de un peón gallego en un infecto bohío. Mientras fuera sonaba el terco tambor de la fiesta de los negros, el hombre se moría de sed de brumas y paisajes verdes, con un orballo piadoso de recuerdo en los ojos avidecidos por la fiebre.

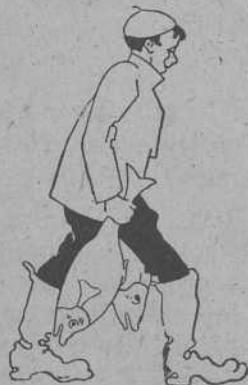
Aquella noche Luis hizo muchas preguntas a su padre y éste en la debilidad de la cincuentena sobrepasada y el desmayo del calor, las respondió ampliamente complaciéndose en detalles que a él mismo le sorprendían por la exactitud y el acierto con que evocaba delicados y fugitivos matices de cosas y escenas que creía olvidadas: el viento de Abril en las colinas vestidas de novia por la flor papilonácea de las retamas, la luna de las escasulas, los oros del altar de la parroquia, las madre selvas del camino hondo y en toda estación otoñal que desciende al valle del Tambre, el son del alto reloj reflejado en el silencio de piedra de las plazas de Santiago, la lumbrera del hogar y sus llamas rojas, blancas, azules, que parecían excitarse y crepitar con acentos de hablas antiguas si en la tertulia de labriegos se hablaba del hada que al amanecer se peina, al lado del castro guardador del tesoro, los cabellos de hebras de sol...

A la mañana siguiente Luis abandonó la hacienda y al cerrar la noche, desde el barco en que huía, no se volvió a contemplar la Antilla fragante y cálida que iba quedando atrás para siempre en la memoria del joven como un pesado y enervante ensueño. «Voy en busca de un consuelo de brumas y recuerdos en nuestro antiguo solar», decía la carta dejada a sus padres.

Le recibió en la áspera tierra de Fállas el oro de alquimia de los sauces de otoño y la sonata de la lluvia en los sotos marcescentes hizo bien a su alma. De la casa abandonada, del jardín comido de hierbas bravas acudieron

Las memorias en cuanto una llama de seco roble y aromoso ciprés se alzó en la piedra del hogar calentando las manos del joven amo. Todas las parroquias del contorno doblando a difunto en la fiesta inicial de Noviembre y las candelas encendidas en honra y recuerdo de las benditas ánimas, reintegraron a Luis al mundo profundo y saudoso que había soñado imposible quimera en los parques ingleses de Boston, en la siesta letal de la Antilla. Escuchó en el viento de Noviembre el canto de las generaciones, vió en las losas de los atrios campesinos y en el seno misterioso de las robleadas la historia y la muerte como términos aparenciales que no agotan el anhelo inmortal de las almas. Con su amor y desvelo las searas se cubrieron de rubios centenos, la solana presidió la armonía de mirtos y rosales del jardín y en la biblioteca al lado de los poetas clásicos y románticos se alinearon las crónicas gallegas, las vidas de los Santos, las historias conmovidas del camino de Santiago.

Andando el tiempo su padre cansado y enfermo volvió a Galicia para morir. Al recibirle en el



ESCENARIO

El problema de la humanización de la guerra es tan insoluble como el de la cuadratura del círculo. Y tan absurdo.

Pueden humanizarse las corridas de toros colocándole al caballo del picador un mullido peto y embolando no solo los cuernos del toro sino también la espada del torero, ya que ni la muerte de éste ni la de aquéllos constituye el objeto primordial de la fiesta. ¿Pero cómo humanizar lo que en sí mismo es inhumano y tiene como «único» fin la destrucción y el aniquilamiento?

A una nación no se la vence con pirotecnia verbenera, ni con tanques de juguete. Para derrotar a un país hay que destrozarle sus reservas económicas y morales, rompiendo y desarticulando su vitalidad y su poderío armado. Si se acepta el hecho como algo fatal e inevitable, deben admitirse como lícitos y lógicos todos los medios usados para que la guerra cumpla su fin destructor, conviniendo en que es contradictoria e infantil la postura de los que propugnan por la humanización de la lucha. Sin embargo, los partidarios de esta tesis ecléctica han influido en el Derecho internacional y han conseguido algo tan estúpido como la prohibición de usar balas de fusil explosivas. ¡Cómo si las balas de cañón y de obús y las bombas de aviación, no fuesen mucho más explosivas y peligrosas!

Empero si las doctrinas humanitaristas llegasen a implantarse en su totalidad, las guerras serían un motivo para que los pueblos se divirtiesen a sus anchas. Los soldados parecerían tenorinos de ópera y sus chabolas del frente se transformarían en primorosos chalets con radio en el «hall» y agua corriente en todas las habitaciones amuebladas confortablemente. Los combates serían a base de palabras, más o menos fuertes, lanzadas por altavoces. La lucha se suspendería a la hora de las comidas y del té de la tarde, en que los combatientes se dedicarían a cumplir sus deberes sociales. Jornada de ocho horas. Sábado inglés con sus clásicos fin de semana. Por las noches, los aviadores beligerantes competirían en amenizar las horas aburridas de los soldados, lanzando bengalas y cohètes multicolores y alguna vez globitos grotescos. En determinados días los Estados Mayores se pondrían de acuerdo para celebrar en la «tierra de nadie», bailes de confraternización a los que asistirían los combatientes de ambos bandos con sus familiares e invitados; y Juegos Florales para premiar las mejores poesías épicas dedicadas a cantar el paraguas-bayoneta, la bala-confeti y el cañón lanza-jamones.

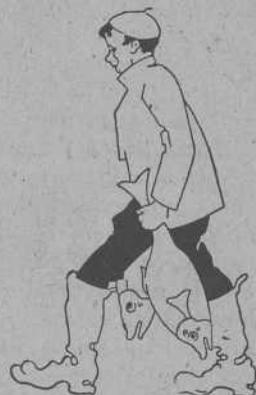
Todas estas fantasías, y otras muchas que el tema sugiere, serían encantadoras se fuesen posibles. Lo malo está en que la guerra, al no desaparecer de la faz atormentada del mundo, —sueño utópico de algunos hombres de buena voluntad— hay que aceptarla tal como es, cruenta, terrible, asoladora.

CELSE DE CELA

desembarcadero del puerto, al guiarle a través de las salas del pazo, Luis leyó en los ojos del anciano cargado de riquezas, el reconocimiento agradecido y una súplica de perdón.

A fines del ochocientos el hidalgo de Torroál murió dulcemente la víspera de un día de Todos los Santos. Se desvanecía en las saucedas del río los últimos oros del otoño y el viento en las frondas despojadas tenía el acento del cantar de las generaciones en marcha. Antes de morir, Luis realizó un acto heroico y humilde. Después de leerlos despacio arrojó al fuego los poemas y meditaciones en que a través de tantos años de apasionada soledad había registrado la despedida de los otoños y la encendida polingenesis de las Fiestas de los difuntos y Todos los Santos que en sus ritos y memorias suprimen la fatalidad de la historia y la muerte dejando entrever la gloria de las almas libertadas y el triunfo del saudoso caminar. Formaron un leve montoncillo de blancas cenizas. Sobre él trazó el hidalgo la señal de la Cruz y abrió la ventana al viento otoñal de la tarde.

Trasalba, 1943.



LA VIRGEN DEL CRISTAL

EN el septiembre ubérrimo, dorado de pámpanos y de vides, con cantigas de vendimia y lento chirriar de carretas en las tardes tibias de primavera mentida, las campanas del santuario diluyen su son alegre por el valle, llamando a la más sonada romería del contorno.

La ermita de la famosa imagen se asienta en un hermoso rincón de la sierra del Leboreiro, en la provincia de Orense, frente a la grácil torre del que fué castillo de Vilanova dos Infantes, tierra antañona, con sabor y dolor de historia. Aquí, las viejas tienen floridos refranes en los labios y saben bellas leyendas de aparecidos y las mozas recitan antiguos romances de encantamientos y de amoríos ingenuos.

Tierra petrucia. Desde el santuario se divisa el risco inhiesto de Castromao, centinela de alboradas, y las obscuras laderas de Forriolo. Cerca, Ansemil, donde moró un conde que tuvo a su servicio mil espadas con otros tantos mesnaderos aguerridos. Paisaje con vestigios de vías romanas, camino de la romana Brácará. Más cerca, Celanova, solar de Resismundo, del famoso monasterio, que en otros tiempos señoreó tierras de León y Portugal. A un lado, Bobadela, cuna de Don Mauro Castellá y Ferrer, que historió la vida de nuestro Señor Sant-Yago. Todo el contorno rodeado de leves curvas femeninas de montañas verdes, azules, moradas, por las que bajan hileras de campesinos, alegres y endomingados unos, serios y vestidos con mortajas de «ofrecidos» otros, a rendir su culto a la Virgen milagrosa. Algunos, expiando sabe Dios qué culpas, vienen caminando de rodillas sobre los guijarros del camino, con una mueca de cansancio místico en el rostro sudoroso.

La leyenda bellísima que rodea a la Virgen del Cristal —y que tan maravillosamente recogió Curros— así como la fama de sus milagros, especialmente en los tocantes a conseguir sucesión los casados que carecen de ella, ha ganado



La imagen de la Virgen del Cristal, tan diminuta que apenas levanta tres dedos de alto.

el corazón de las gentes piadosas y sencillas de la comarca y aún de otros lugares.

Llábase del Cristal esta Virgen porque de esa materia está formada su imagen, tan diminuta que apenas levanta tres dedos de alto.

*«Era unha pedriña pedra,
era unha pedra pedriña,
como un ovo de galiña
tallado en fino cristal;
unha pedra primorosa,
elíptica, limpa, pura,
de arteficio e de soldura,
sin xiquera unha sinal.»*

He aquí la flor de su leyenda. Alla por el 650, cuando reinaba nuestro Señor Don Felipe el IV prestaban sus servicios en el castillo de Vilanova, Martiño y Rosa. El tenía 20 años y ella 16. Se amaban. Rosa bordaba sus

ropas de prometida y Martiño ahorraba como un avaro. De pronto a oídos del mozo llegó la infame calumnia lanzada por un pretendiente despechado. Martiño ciego de furor y de celos provoca una escena violenta con su enamorada. Ante la acusación canalla, la moza se alza herida y exclama: «Nunca tus ojos vieron cristal más limpio que mi pureza». Después, a solas, la moza cansada de sollozar fuese quedando dormida hasta que sucedió algo extraordinario: la habitación se llenó de luz de alba y la Virgen María vestida de gallega, coronada de estrellas, se aparece y susurra al oído de la moza, que sufre mal de amores, palabras de favor y de consuelo:

*«Eu ben sei que a tua y-alma
está cuberta de loito,
eu ben sei que sofres moito
porque hay quen dúa de tí»...*

Al día siguiente, la gentil pastora vió brillar entre las hierbas un objeto de cristal: era un pedazo diminuto de vidrio macizo, en cuyo interior estaba pintada la imagen de la Virgen. Llena de emoción llevó el peregrino hallazgo al cura, propagándose rápidamente la noticia por todo el reino y llegando a oídos del rey que, al saber el suceso, quiso ver y examinar si la ima-

gen del cristal «era obra de arte o efecto sobrenatural de causa prodigiosa»; a cuyo efecto fué estudiado por diestros artífices y lapidarios, los cuales depusieron unánimes que por ser todo de una pieza, sin hendidura ni señal, no podía ser producto de artificio humano, sino efecto del poder divino.

Desde entonces la fama ha ido en aumento, y año tras año se celebra la romería en honor de la curiosa imagen, que es sacada en procesión entre el fervor de la multitud piadosa y ante la admiración de propios y extraños que contemplan como los danzantes, ataviados con las más raras vestimentas, trenzan sus bailes seculares delante de la Virgen, mientras rompen el aire quieto de la mañana los estallidos de cohetes, el dulce cantar de la gaita y las mil voces de los romeros. Estos danzantes son la nota de más colorido que tiene la fiesta. Escogidos entre los mejores mozos del pueblo, sufren un entrenamiento riguroso, antes de exhibirse al público el día de la procesión, en que, bailando delante de la Virgen, van serios, graves, como cumpliendo un rito. Ser danzante es un motivo de orgullo para el mozo elegido y por eso, una vez cumplida su misión, se pasean durante todo el día sin apear su extraña indumentaria, fáchendosos y engolados ante la admiración de todos. Nadie conoce el origen de sus raros y policromos atavíos. Llevan un sombrero cubierto de flores y cintas de colorines, camisola blanca con corbata y múltiples bandas de seda cruzándole el pecho y la falda de amplios velos con puntillas y encajes.

Por la escalita que conduce al santuario, sube un continuo hormiguero de fieles ofrecidos. Dentro, en el espacioso y bello templo, el párroco exhibe la imagen milagrosa y la ofrece a los romeros para que la besen. En la penumbra recogida de la ermita, parece como si una voz queda y dulce recitase los versos inmortales que Curros le dedicó:

*«Nunca se viu n'este mundo
tan feiteira criatura,
nin pra tan grande hermosura
comparación pòde haber»...*

Afuera transcurre, en su apogeo, la fiesta profana. Docenas de puestos improvisados ofrecen el sabroso pulpo, rico en especias, a la manera campesina, que las gentes devoran alternando con lentos tragos de *purrela*, alegre y espumoso vinillo, cose-



... Propios y extraños contemplan como los danzantes trenzan sus bailes seculares delante de la Virgen...

chado en febles cañños montañeses. Barracas donde se sirven bebidas sin nombre, brevajes aguachentos de corrivos efectos estomacales, que los romeros, contagiados del ambiente jaranero de la fiesta, beben con un optimismo alegre y confiado, para después dar rienda suelta a su vocación polifónica, en improvisados orfeones:

*A vila de Vilanova
no hay diaño que a entre,
con tanta mociña guapa
e tanto mozo valente...*

David, el gaitero, a requerimientos de una buena moza, pone al hombro el roncón, infla el fol y toca —«a de sempre»— una personalísima interpretación de «La Bejarana». Las dos bandas de música, en un porfioso alarde, ejecutan un variado programa que vá desde el más moderno *foxtrot* hasta las «Danzas guerreras». El mocerío lo baila todo sin parar mientes en la técnica musical de los virtuosos. Una nube de polvo invade la fiesta. Pregonan los vendedores sus mercancías: ¡Levo nooces! ¡Agua rüca limonaaada!

Llega la noche...

Cohetes, tracas, ruido. Todo el mundo baila, bebe o canta. Me acerco a un puesto o taberna de campaña, hecha con unas lonas y varias mesas desvencijadas, donde se liba copiosamente. El tabernero tiene aire de patrón marineró retirado de la mar. Vende vino de lo bueno, que me escancia con ceremonia. Después que lo he paladeado, comenta con suficiencia: «Resolío como éste, apuesto que no lo cató nunca».

La fiesta sigue...

C. DE C.



... Nadie conoce el origen de sus raros y policromados atavíos...

(Fotos del autor)

El eximio violinista MANOLO QUIROGA en Pontevedra

BREVE CHARLA CON EL SARASATE GALLEGO

¡Manolo Quiroga!

Yo no he tenido ocasión de oírle nunca; pero, desde niño, su nombre tuvo para mí inauditas resonancias de fama, admirándolo sin conocerlo, por un a modo de sugestión colectiva... Y para poder hablar de él a los lectores de FINISTERRE he tenido que hojear, siquiera a la ligera, docenas de periódicos y revistas que registran en sus páginas los más acusados triunfos conquistados por el virtuoso pontevedrés a lo largo de su deslumbrante carrera artística. Uno se siente, por reflejo, como abrumado bajo tanta gloria. Acaso ningún artista, en ninguna época, haya hecho vibrar, enloquecer de entusiasmo al público de todos los países como Quiroga, ni haya merecido por parte de la crítica nacional y extranjera, las frases de elogio unánime y encendido que fueron a Quiroga dedicadas. Ha sido un caso excepcional y fulgurante, un elegido de los Dioses, un genio de los que la Naturaleza solo produce uno cada cien años.

Ungido muy joven por el beso de la Gloria, como los héroes del teatro griego, Quiroga gustó las mieles del triunfo a una edad en que los demás mortales no tienen todavía su personalidad definida ni el camino elegido... La consagración fué rápida, vertiginosa, arrolladora; y los más grandes públicos del mundo se rindieron a su arte excelso desde las primeras actuaciones.

Sin embargo, Manolo Quiroga, no era un niño prodigio. Y esto le salvó. Los niños prodigios son un espectáculo triste y anormal, que se agostan, víctimas de su propia precocidad, malográndose tempranamente. El necesitó estudiar, afortunadamente; y el estudio, tenaz y constante, animado por el soplo divino de la vocación, hizo florecer en toda su lozanía, en una eclosión sin precedentes, las maravillosas cualidades innatas, las disposiciones naturales para el arte que él atesoraba en grado sumo.

La historia de Quiroga es breve pero intensa:

Desde su infancia demuestra Manolo Quiroga asombrosas aptitudes para las bellas artes: Pinta y toca con rara e increíble habilidad, cuando aun sus diminutos dedos apenas pueden sostener el pincel y pisar las cuerdas del instrumento. Recibe las primeras lecciones de música en Pontevedra, de donde es natural; pero pronto, ante las nada comunes dotes que demuestra aquel precoz geniecillo del violín, es pensionado por la Diputación provincial y se traslada a Madrid, encar-



El que había de ser el más grande violinista de su tiempo, a los ocho años, cuando comenzó sus estudios.



El ya ilustre concertista, en la época en que, en plena juventud, ganó el primer premio internacional de violín en el Conservatorio de París.

gándose de ampliar su educación artística el maestro Hierro.

Berlín constituye ahora el sueño dorado del joven Quiroga. Y decide marcharse a la capital de Alemania; pero en París un amigo, artista también, le aconseja quedarse allí y optar al ingreso en el Conservatorio. Aquella noche, precisamente, finalizaba el plazo de admisión de aspirantes. Quiroga es admitido en el primer examen. Eran 288 opositores; obtienen el ingreso 15 solamente y alcanza el número uno el violinista pontevedrés. Estamos en Octubre de 1909.

Y en 1911 llega, por sus pasos contados, el triunfo clamoroso, rotundo, definitivo, que honra por igual a España, a Galicia, a Pontevedra; la fama mundial, la gloria, la inmortalidad: Manolo Quiroga obtiene, en brillante y reñido concurso, el primer premio internacional de violín, en el Conservatorio de París y el fundado por Sarasate en aquel Centro artístico.

«El insigne Quiroga—copiamos de «La Ilustración Española y Americana»—vencedor en tan brillante torneo, ha trazado con vigorosa mano una página de gloria para nuestra patria, y ha reencarnado las augustas tradiciones de nuestros artistas, que mantuvieron siempre triunfante la superioridad lírica de la raza sobre todos los pueblos.»

Pontevedra vibra, presa de un entusiasmo indescribible, y se dispone a recibirle triunfante, organizando grandes festejos en su honor. Los andenes hallanse totalmente invadidos de público, y cuando entra en agujas el tren que conduce al vencedor, se mezclan en un clamor delirante, aplausos, vítores, acordes musicales y bombas, desbordante reflejo de la admiración, del cariño y del orgullo que Pontevedra siente hacia su hijo ilustre en plena mocedad. Manolo es alzado en hombros de algunos orfeonistas exaltados, y así, como un joven héroe ceñida la frente de laureles, es llevado hasta su domicilio, al través de las calles de su ciudad, pasando bajo arcos triunfales y entre un polícromo aletear de colgaduras que lucen en los balcones y el fervor popular de sus paisanos que no cesan de aplaudirle y vitorearle.

Después... comienza su carrera de virtuoso, dictado que sancionan en seguida los públicos de las grandes ciudades de Europa y América: París, Viena, Londres, Nueva-York, Buenos Aires, Madrid... Sus conciertos se cuentan por éxitos. Quiroga es un mago prodigioso del violín. La perfección de su técnica,

la fidelidad con que se ajusta al original, la honda y contenida emoción, hija de un gran sentimiento, la extraordinaria finura de su sonido y su portentosa facilidad en todos los recursos de la ejecución, «dejan al público absorto y lleno de estupor ante tanta sublimidad y grandeza», según expresión de un crítico.

¡El mundo es un pañuelo!... Quiroga va y viene de Europa a América y viceversa, en «tour-nées» fecundas y triunfales, festejado y aplaudido como corresponde a un artista de su alta categoría: recitales ante selectos públicos, solo o con estupendas orquestas; solemnidades, obsequios, regios o presidenciales. Plenitud de éxito. Impresión de discos caros en Nueva-York y en París. Contratos halagadores...

De pronto, artera e inesperada, llega la noticia de su accidente en las calles atafagadas de tránsito de Nueva-York. El mundo del arte se conmueve. Luego... nada: silencio.

Y hace unos días, como un viajero cualquiera, confundido entre la multitud apresurada y anónima, desciende del tren, en la estación de Pontevedra, el eximio violinista, huyendo de los horrores de París. Son las once de la noche de un sábado. Una lluvia, fría y sutil, cae sobre el silencio provinciano de la ciudad. No hay arcos de triunfo ni flámulas palpitantes. Nadie sabe que ha vuelto Manolo Quiroga...

Ahora estoy frente a él, tomando café y fumando cigarrillos, en el comedor de la casa de su hermano Emilio. El ilustre artista se abriga en una bata casera. Su rostro pálido, de ancha y serena frente, tiene un aire de fatiga que contrasta con el brillo inquieto de sus ojos, a los que asoma su alma exquisita de artista.

Todo despierta en Quiroga una admiración casi infantil: la paz de remanso de Pontevedra, la abundancia de la mesa, los cigarrillos rubios, el paisaje que recorta el marco de la ventana en perspectiva hacia la campiña de Campolongo...

—¡Es maravilloso!—exclama el eminente concertista.— Me parece mentira dormir de un tirón, sin que las sirenas de la alarma le despierten a uno en toda la noche... Y por esta cajetilla de «Camel» podía pedirse casi una fortuna en un «cabaret» parisiense.

—¿Ya no regresa usted a París, Quiroga?

—Volveré para recoger todas mis cosas únicamente. La verdad es que no sé donde meterlas: hay para llenar un museo.

—Para tus cuadros, ya he buscado sitio—dice su hermano Emilio, señalando las paredes del cuarto.

—¡Pero qué mejor cuadro que ese natural que tenemos frente a nosotros!—añade Manolo. Y se levanta, se acerca a los cristales y admira un instante la lejanía, velada por la luz gris de la tarde otoñal.

Se sienta de nuevo. Fuma sin cesar. Cambia de postura a cada momento... Su mano izquierda descansa sobre la mesa y tiembla nerviosa, intermitentemente. Es la mano que ha sufrido las consecuencias de su desgraciado accidente.

—¿Cómo ocurrió el atropello?—le pregunto, por asociación de ideas.

El artista se recoge un momento en sí mismo. Luego, dice:

—Regresaba de despedir a Iturbi en la estación de



Uno de los más recientes retratos del eminente violinista.

Pensilvania, y al cruzar, distraído, la Times Square fui arrollado por un vehículo... No puedo contarle más: solo recuerdo que me desperté en un hospital, en el que sufrí tres operaciones en la misma noche. Era el 17 de Julio de 1937.

—¿Hasta qué fecha permaneció en Nueva-York?

—Hasta Mayo del año siguiente, regresando a París, ya completamente repuesto, al parecer.

—¿Actuó después del accidente?

—Sí. Dos conciertos con Iturbi en el The Town Hall, tres con la Filarmónica de Nueva York, dirigida por Enesco, y otro a beneficio de Auxilio Social en casa del millonario Hamilton Rice.

—¿Notó usted algún resentimiento en sus facultades?

—Nada, en absoluto. Toqué como siempre.

—¿Cómo se manifestaron los primeros síntomas?

—Me hallaba, en mi casa de París, componiendo música y al alcanzar un libro de consulta, noté que la mano izquierda no

me obedecía como de costumbre.

Instintivamente, el artista se contempla su mano lesionada: mano aristocrática, de dedos gráciles que acariciaban las cuerdas del violín con ternuras de enamorado, puntualizando, detallando nota a nota, cincelándolas y repujándolas como joyas, como piedras preciosas, puras, argentinas, vibradoras como una cascada de perlas sobre un fino cristal. Manos brujas, a cuyo conjuro, todo aquel caudal de dificultades que los autores virtuosistas se complacen y entretienen en acumular en sus obras, se trocaba en juguetes de deliciosa y arrebatadora factura; en ráfagas sutiles, en amorosos susurros, en estremecimientos plenos de la más soberana poesía...

—¿En qué ha ocupado su forzosa inactividad?

—Componiendo música. Una colección de cadencias, cinco conciertos de Mozart, canto y danza andaluzas para violín y piano, capricho para dos violines y alguna otra cosa.

Tímidamente lanzo la pregunta «climax» de la entrevista:

—¿No podrá usted volver a tocar?

—Todo me lo hace creer así.

Lo dice resignadamente, aunque acaso su voz tiemble un poco.

¡Manolo Quiroga no volverá a tocar su mágico violín!... He aquí una noticia sensacional, que FINISTERRE lanza a los cuatro vientos del mundo artístico. ¡Se ha apagado un astro de primera magnitud!...

ENVIO A LAS CUATRO DIPUTACIONES GALLEGAS:

FINISTERRE les brinda la idea de un homenaje regional dedicado a Manolo Quiroga, el eximio violinista pontevedrés. Justo es que se honre al que tanto honor ha dado a Galicia.

A nuestro querido amigo D. Rafael Picó, Presidente de la Diputación de Pontevedra, corresponde, por ser Quiroga hijo de esta capital, tomar la iniciativa del homenaje que apuntamos. Las páginas de nuestra Revista están a su disposición. Estamos seguros de que se hará eco de nuestra voz y pondrá inmediatamente manos a la obra, con su actividad característica.—EMILIO CANDA.

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS G E L M I R E Z

POR J. BREMÓN SANCHEZ

VISIÓN realista de los múltiples problemas de su época, enfocándolos con criterio ahondador y certero.

Prontitud de pensamiento, réplica y concepto; de argumentación irrefutable.

Decidido, enérgico, paternal, valiente, comedido, sereno, imperativo, justiciero, tenaz, voluntarioso, abnegado, cordial, generoso, sincero, expresivo, laborioso.

Afinidad con lo difícil, en el afán de resolverlo y verse en su actitud reflejado a sí mismo.

Su espíritu obedecía siempre al mandato sentimental y a las exigencias de la verdad, meta de su senda moral, ante cuya proclamación no retrocedía.

Preparado para el filosófico ahondamiento de la vida y el adecuado conocimiento de los demás; lo que le valía el conocerlos tan a fondo que en cuantas ocasiones árdidas trataban de imponérsele, acababa por dominarlos con sus alegatos.

Desconcertante en la acción, por su modalidad recitilínea; impulsivo en la decisión, antecedida por lo meditativo; escueto, diáfano en la expresión oral; claro en la exteriorización personal; parco en la apetencia individual; sobrio en la ambición interna; erguido en la tentativa; afectuoso en la reciprocidad sensitiva; hermético en la fantasía.

Admirable colector de experiencia, de cerebro diseccionador de la idea; de propósito indeclinable.

Esbelto de estatura, más bien grueso, de pelo negro, frente espaciosa, ojos de mirada intensa, labios menudos, prietos; facciones muy varoniles y acusadas; rostro de trazos hondos; manos anchas, nervudas, de dedos largos.

Sencillo en el vestir, aunque dentro del porte solemne. Frugal en el comer y beber. De palabra ariete y razón inquietante.

Distinguido, correcto, señorial, diplomático; de sociabilidad discreta y elegante; de acendrada cortesanía; de extrema habilidad para llegar al fin; legístico; infatigable.

Inclinación, enraizamiento al ambiente nativo. Sensible a lo selecto, a lo eterno, a lo llano, a lo natural.

Perdonador.

Ordenado, hogareño, aconsejador, magnánimo, soñador, de decisiva espiritualidad instintiva, de extrema inteligencia orientada hacia los más altos problemas de la personalidad y lo evolutivo.

Sosegado en la intimidad. De sueño tranquilo y persistente resistencia física, obstáculo para la enfermedad grave que podría afirmarse nunca padeció.

Apostólico, no solo por vocación, sino por invencible mandato interior. Consideraba su jerarquía arzobispal como misión suprema en la Tierra, placiéndose

en llenarla de responsabilidades máximas, y a su diócesis como núcleo trascendente de elevación hacia la universalidad de la Iglesia. Paternal con sus diocesanos y orientador de éstos, brindándoles como espejo la ejemplaridad de su conducta. Más de un hogar salió redimido, en la privado, de sus incertidumbres.

Jacobeo hasta en su peculiar recorrido de su jurisdicción, en constante anhelo de iluminarlo y enaltecerlo apostólicamente, para irradiación ideológica hacia el mundo.

Admiraba en el Apostol su sencillo patriarcado de almas, su inquebrantable celo misionero, su espiritual nautismo, capaz de dirigir hacia el Cielo a los más reacios. Cual él se sentía, al pretender imitarlo, preparado para darse sin reservas a la gloriosa tarea del rescate infinito, y más de un infiel en su presencia tornose nuevo Santo.

El mar constituía su gran deleite admirativo, por ver en su simbolismo de tormenta y calma la expresión del alma humana y presentirlo como ruta de grandes destellos nacionales; sentía, con relación a la montaña, preferencia por la cumbre, como peldaño el más cercano del barro al firmamento; la umbría y las flores, le hablaban de misticismo y ensueño, que la poesía palpitaba en la fibra más sutil de su ser; le atraía plásticamente el templo, la semipenumbra, como ambiente propicio para la evocación interior; al río, el susurro, hermano del hondo acento de la plegaria; a las piedras la ancianidad, remedo de lo eterno; a lo arquitectural, su sobriedad complejo de laboriosas virtudes; a la música, la profundidad de sus confesiones, que ponían en su memoria la de las pasiones del mundo, por la paz doctrinal redimidas.

Su sentido religioso se centraba en la exigencia de la rectificación asidua, en la altísima ambición de sentir la circunstancia y el momento como mandatos de lo inmortal.

Como español en aquella edad remota en que profesarlo era aceptar guerra liberadora y apostólica, quiso, impulsado por gigantesca intuición del futuro, y lo logró, orientar los embrionarios destinos de la patria en rehenes, hacia la inquietante búsqueda de horizontes más amplios, a los que aportar enraizado estilo de cruzada magnífica; e inducir al mundo al arribo a España, guiado por la gloriosa luz del sepulcro del Elegido, y dado esto por providente motivo, condensar en el manso crisol de Galicia las más puras esencias civilizadoras del peregrinaje, para, fundidas en la llamada de la fe ibérica, iniciar así la grandiosa devoción futura de un 1492, en que el velo de América se rasgó para el portento del Descubrimiento.

PONTEVEDRA

" O r a m a r í t i m a "

NAVEGANTES griegos y fenicios descubren en sus periplos estas tierras occidentales, interpretándolas como islas, que tal es su aspecto cuando se llega a ellas por mar. Los habitantes, que vinieran un día siguiendo el curso del sol y la vieran, temerosos, crepitar hundiéndose en las aguas, abandonan su refugio de los montes y pierden el antiguo terror del mar cuando se establecen en la costa y trafican con los colonizadores. Rufo Festo Avieno nos da, en su decadente latín, una versión de las noticias recogidas de los viejos geógrafos.

Mitos eruditísimos envuelven esta nuestra primera historia marítima. Una frase de Plinio da base a la tesis de los orígenes helénicos de los pueblos costeros: «Graecorum sobolis omnia», Justino, el abreviador de Trogo Pompeyo, difunde la idea de que Teucro, hijo de Telamon y de Hesione, hermano de Ajax, a quien abandonó en la lucha con Ulises, rechazado por su padre y por su patria, asentó en las costas de Galicia. La cofradía de Mareantes de Pontevedra conserva aún hoy por señal la figura de Hércules: en la fachada de la iglesia de Santa María se empareja con San Miguel y aparece representado con la maza; en el cetro de plata de los «Vigairos» se le figuró venciendo al león. Desde el siglo XVI se toma a este Hércules por Teucro. La inscripción del cetro dice, aludiendo a la Moureira, barrio de la gente de mar: «Teucro hizo el arrabal». Por aquél tiempo se abrió en la fachada del concejo la poesía mural, que comienza: «Fundóte Teucro valiente...» Los marineros pontevedreses se ufanan de esta progenie de navegantes griegos y la exhiben como razón de sus privilegios.

Nace en estas rías la armada medieval

GELMÍREZ, reformador y constructor, crea, por una de sus geniales intuiciones una marina de guerra frente a las incursiones de las armadas piratas que, desde el N. y el S. de Europa, son perenne amenaza de la costa occidental de la Península. Utiliza como astillero el puerto interior de Cesures, en la ría de Arosa, y como base naval, las Torres d'Oeste, donde quizás había nacido. Trae constructores y pilotos genoveses y pisanos y logra que los mareantes de las rías se adapten a la navegación de guerra, defiendan las costas de Galicia y ataquen los puertos árabes. Su iniciativa tiene una repercusión inmediata en cuanto da una posibilidad más a Alfonso VII para proseguir la política de su abuelo. Pero, a la larga, ha de verse como verdadera «revolución» en nuestra historia marinera. Sin la armada de Gelmírez no podríamos explicarnos ni la toma de Sevilla ni, lo que es aún más trascendental, las rutas de portugueses y españoles: «por mares nunca dantes navegados».

San Pedro Telmo, patrono de navegantes

EN la Catedral de Tuy, y al lado de la sepultura que había reservado para sí el obispo historiador D. Lucas, fué enterrado en 1246 el famoso predicador Fr. Pedro González, compañero de Santo Domingo, confesor de San Fernando, a cuyo lado estuvo en la campaña de Andalucía, prior de Guimaraens, maestro espiritual de San Gonzalo de Amarante,

«Boga mariñeiriño,
boga por ela;
non hay barca no mundo
sin unha estrela.»

misionero y constructor, invocado hoy como patrono por la gente marinera.

De este taumaturgo es el «Corpo Santo», que sirve de advocación a tantas cofradías de mareantes y que es invocado en las tormentas, en el fuego de los mástiles, llamado también de San Erasmo o de Sant Elmo. Por eso el dominico palentino venerado en Tuy se le llama también, desde el siglo XV, San Pedro González Telmo, o, simplemente, San Pedro Telmo.

Las tierras de Pontevedra guardan el eco de las predicaciones del confesor del conquistador de Sevilla. Perduran algunas de sus obras; recordemos el Puente de la Ramallosa. Su sepulcro sigue siendo objeto de promesas de la gente de mar. En todas las latitudes, barcos, escuelas de náutica, iglesias..., llevan el nombre de San Pedro Telmo. Su imagen, menuda y de gracioso rostro, tiene en las manos un cirio verde, el de la lumbre de los Dióscuros, y exvoto de un barco salvado de la tempestad.

Alonso Jufre Tanoiro

EN las cercanías de Pontevedra tienen su solar los Tenorio, una familia de signo trágico. Quien conozca la historia de este linaje comprenderá que el «burlador» lleve este nombre como portador de desgracias: Men Rodríguez el trovador murió a manos de D. Pedro I. Alonso Jufre, Almirante de la Mar, afortunado en brillantes acciones navales, muere en la derrota de la flota castellana en Gibraltar, en 1340, vendada, meses más tarde, en el Salado; Gregorio Tenorio perece a manos del conde de Camiña; D. Pedro Tenorio, «el primer personaje de la Corte de D. Enrique», el arzobispo toledano del Cisma, pertenece también a esta stirpe...

Los mareantes

PARA comprender el pasado marinero de las tierras de Pontevedra es preciso conocer lo que significó aquella «gilda» antigua, aquel potente Gremio que se llamó la Cofradía del «Corpo Santo» y que gobernó la ría desde la «Moureira», el Arrabal de los Pescadores, asentado aquí donde el ligero Lérez entrega su caudal al mar. Era una población marinera, sin tiendas ni mercaderes, cuyas casas abrían las puertas sobre las aguas y cuyos muelles, los «Peiracos», representaban el esfuerzo colectivo de cada una de aquellas unidades sociales que se reunían en torno a un barco y un «ataliero», jefe de la comunidad, que componía el grupo de tripulantes y colaboradores. Era una formidable institución social y religiosa, respaldada por el señorío de los arzobispos. Encarnaba en una autoridad, la del «Vigairo», gobernador de la grey marinera, cumplidor y ejecutor de las «Ordenanzas», representante del Gremio en la discutida «posesión del mar», procurador general electivo en el Regimiento de la Villa. Materialmente, las piedras de un maravilloso edificio gótico-renacentista, la iglesia de Santa María, concretan el esfuer-

Y EL MAR

POR

José Filgueira Valverde

Director del Museo de Pontevedra

zo y simbolizan el espíritu de la vieja Cofradía que levantó, braza a braza, sus paredes venerables, cargadas de recuerdos marineros. Un día cada año, las gentes de la Moureira reviven su pasado; es el día del Corpus. El más viejo de los pescadores preside la procesión, empuñando el cetro de los viejos vicarios, y seis «patrones» llevan el palio, batiendo a compás las losas de las calles con ritmo de remos que baten las aguas. Las gaitas desgranaban una vieja marcha del mil quinientos, y los santos protectores, San Miguel y San Juan, se despiden, haciéndose tres venias, a la puerta de la iglesia, mientras los rapaces de las Corbaceiras corean

«Adiós Xuan, adiós Miguel,
hastra o ano que ven»

porque sólo de año en año viven un día los viejos recuerdos de los mareantes.

Los navegantes

HA querido reivindicarse para los astilleros pontevedreses la gloria de que hubiese salido de ellos la nao capitana de Colón *Santa María, La Gallega*, según un divulgadísimo texto de Fernández de Oviedo. Sin entrar en terreno de resbaladizas conjeturas, es lo cierto que Pontevedra tuvo en el siglo XV famosos astilleros, y desde entonces dió nombres famosos a la historia de los descubrimientos. De aquí salió *Juan da Nova*, que en 1501, al servicio del Rey de Portugal, navegó a las Indias, llevando entre la tripulación de sus barcos al italiano Américo Vespucio; descubrió las islas de La Concepción y Santa Elena y logró preciosas noticias para futuras derrotas. De solar pontevedrés, aunque nacido en Alcalá, fué el más eminente de los navegantes científicos del siglo XVI, al decir de Markham, *Pedro Sarmiento de Gamboa*, que descubrió las islas de Salomón (1567) y cruzó por primera vez el estrecho de Magallanes con la proa vuelta a nuestro hemisferio. Aun en el XVII dos pontevedreses, los hermanos *García de Nodal*, como Sarmiento, guerreros y navegantes, tras bravos hechos de armas, navegaron con éxito, llevando consigo al cosmógrafo Diego Ramírez al reconocimiento de los estrechos que recorriera y poblara Sarmiento.

Don Pay Gomes Charino, almirante de la mar

EL V Almirante de la Mar tiene su sepultura ante el altar mayor en San Francisco de Pontevedra, y en ella un pomposo epitafio declara «que guano a Sevilla siendo de moros y los privilegios desta villa». Por lo primero, se supone que tripulaba la nave que, por la parte del Arsenal, quebrantó el puente de barcas que cerraba el paso a la flota cristiana, y que, por tanto, compartió con Ramón Bonifaz el éxito naval de la empresa, y en los dos sepulcros se grabaron parecidos epígrafes, sin que ningún Rey viniera a borrar éste. Por lo segundo, parece ser él quien logró, si no de Alfonso X, de Fernando IV la confirmación de los fueros del concejo pontevedrés.

Almirante y trovador, Pay Gomes firma en los Cancioneros ingenuas cantigas de amigo, palacianas canciones de amor, dos «tensons» y una aguda sátira. El mar está presente en su poesía, sea cualquiera el género que cultive. La cuita del mar, las barcas floridas, hasta el paralelo entre el rey que lo exonera y el mar, dadivoso e inestable... Canta al mar, escenario de sus triunfos, y al abandonarlo, espera que la enamorada pueda decir:

«quen do mar meu amigo sacou
sáqueo Deus de coitas que afogou.»

Barcos con honra

LA tradición marinera de Pontevedra no se extingue por la decadencia del Gremio de Mar, por el cierre de los astilleros ni aun por el creciente aluvión de arenas que, cegando la ría, alejan la navegación del puerto interior, en torno al cual se formó la ciudad. Desde el siglo XVI, con las «armadas de Galicia», se incorporan a la marina de guerra nombres de gloriosas familias pontevedresas. Hay linaje, como el de los Matos, que tiene almirantes en tres generaciones: Juan de Matos, «o vello», al frente de la escuadra de Barlovento; Juan de Matos, el mozo, Almirante del Mar Océano y gobernador de los navíos de la escuadra de Galicia, que en la batalla de las Dunas «defendió la Capitana Real con el mayor valor que se ha conocido en soldado alguno», y su sobrino Juan García de Matos, Almirante de la armada de galeones de Nápoles, que murió en la guerra de Cataluña. Como esta estirpe de marinos, han caído en el olvido figuras aisladas cuyo perfil heroico es preciso revivir: en Pontevedra nació Enrique Macdonell y de Gonde (1753), que mandaba el «Rayo» en Trafalgar y levantó el asedio de Cádiz en 1808. Almirante que murió en un hospital «cuando la marina moría de hambre».

En Pontevedra se crió, vivió y murió un marino cuyo nombre es, con seguridad, el más popular de nuestra historia del siglo XIX: Méndez Núñez. También él pertenece a una familia heroica. También había estado en Trafalgar su tío abuelo, el brigadier D. Joaquín Núñez, que decidió la querrela de los oficiales ingleses sobre la rendición del «San Juan Nepomuceno» diciendo: «A todos, a uno jamás se hubiera rendido.» Hermanos de D. Joaquín fueron: Fr. Manuel, miembro de la Junta de Burgos en la Guerra de la Independencia; D. Antonio, oficial de marina, muerto en el sitio de Astorga, y D. Francisco Javier, abuelo del héroe de Pagalugán y del Callao, que, a la cabeza de los granaderos de Galicia, cayó en la batalla de Alba de Tormes. Sólo en un año, el 1823, en los sitios de La Coruña y Pamplona y en una escaramuza en Valladolid, mueren los tres tíos maternos de Méndez Núñez: D. José, D. Joaquín y D. Manuel.

Pontevedra, como Marín, donde vivió, como Vigo, donde había nacido, están llenos del recuerdo de este hombre extraordinario, a quien las gentes llaman, por antonomasia, «el héroe». Otros saben de sus hechos y de las frases, epigráficas, en que concretó la ideología que los motivaba; aquí se sabe de su concepto del deber y del honor traducido a los actos todos de una vida; de su carácter, de su capacidad de mando, de su trato de gentes, de lo que supo renunciar y de lo que sufrió en silencio. Su nombre condensa siglos de historia marinera y su figura simboliza un ideal humano de generosa rectitud, espejo de pasadas glorias y ejemplo de nuevas generaciones.

DEPORTES

HA terminado ya lo que pudiéramos llamar el primer mes de las competiciones oficiales. Nos quedan todavía por delante siete meses de dura lucha en la larga y reñida Primera División.

¿Qué porvenir puede presentarse ante los dos equipos gallegos, que de forma tan imprecisa dieron comienzo al torneo?...

Aparece el Deportivo Coruña dando un traspies imponente en Riazor con el Valencia, después de haberle arrancado el Madrid, en su propio terreno, un magnífico punto en el primer partido de Liga. No pareció ser lo perdido en Riazor un síntoma de decadencia deportivista, puesto que fué muy aplaudido el once herculino por sus incondicionales, a pesar de la contundente derrota (0-2) sufrida por su club. Al parecer todo había sido obra de una tarde aciaga de los coruñeses.

Y así parece confirmarlo el empate seguidamente logrado contra el Barcelona en su propio terreno, y, ahora, la limpia victoria alcanzada en otro «fuera de casa» contra la flamante Real Sociedad de San Sebastián. Se encuentra, pues, el Deportivo entre esa amalgama de equipos con cuatro puntos, pero bueno es reconocer la ventaja que sobre algunos de ellos lleva, ya que tres de los cuatro puntos que hoy tiene en su haber los consiguió fuera de casa, saldando así la cuenta de puntos perdidós en Riazor.

No se le presenta mal el «panorama» al Deportivo, puesto que los partidos por él jugados, han sido casi todos con los equipos más «difíciles» del torneo.

* * *

Desgraciadamente no le ocurre lo mismo al Celta, que, a expensas de un buen punto logrado contra el Español en Barcelona, quiso hacer suponer a la enorme afición gallega que le sigue, que aquel imponente siete, que había encajado contra el Atlético Aviación, había sido un episodio intrascendente. Desgraciadamente no es así.

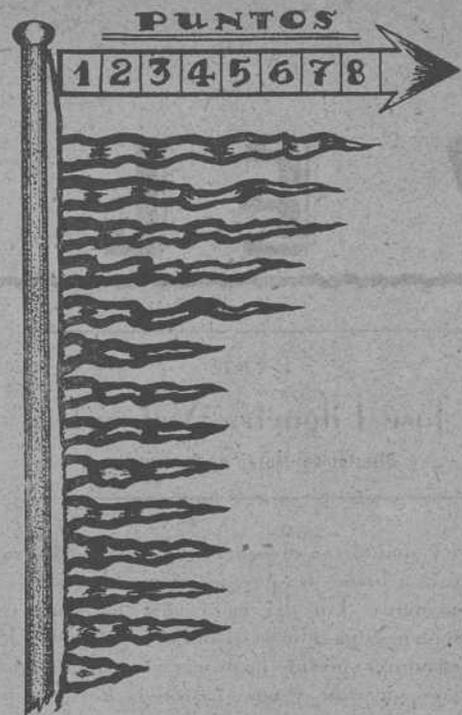
El Celta se encuentra en un delicado momento, en que sufren con él esas legiones celtistas, que de todas partes de Galicia acudían a Balaídos con fe en los colores célticos. No ha sido, no, un caso esporádico aquel empate que el Castellón alcanzó en Balaídos. Ni lo fueron tampoco aquellos dos tantos que le dieron la victoria, también en Balaídos, al nuevo Primera División, Real Sociedad de San Sebastián. Y menos, todavía, fué un episodio sin color el terrible y contundente resultado que consiguió, igualmente en terreno céltico, el equipo ovetense, aún cuando en éste resultado haya influido enormemente una impresionante «tarde gafe» del club vigués.

El síntoma aparecido frente al Castellón fué alcanzando alarmantes caracteres en los sucesivos partidos. Y mientras lo que antes se llamaba «hinchada céltica», creía que todo tendría inmediata solución, ahora, después de cinco partidos, de los que el Celta jugó tres en Balaídos, al observar el desairado último puesto que ocupa en la clasificación el once céltico, no cabe más remedio que reconocer, tocar y lamentar la triste realidad que actualmente pesa sobre el Celta.

Adolece este equipo hace tres temporadas de una escasa elasticidad en sus jugadores, dando la impresión en todas sus jugadas de haber recibido la consigna de «andar con pies de plomo». Tal es la lentitud que imprimen siempre a lo más interesante y positivo en el fútbol: Ataque rápido y enérgico y tiro sostenido al gol.

Hubo momentos que en el último partido jugado en Balaídos (El Celta-Oviedo), parecía iba a enmendarse la plana, logrando lanzar repetidos chuts contra la puerta de los asturianos, pero no bien se adueñaban de la pelota sus contrarios, esa elasticidad ausente del club vigués se manifestaba de un modo tan preciso, que el

Valencia
Sevilla
Castellón
Barcelona
A. Aviación
Oviedo
Granada
R. Sociedad
Madrid
A. Bilbao
Coruña
Sabadell
Español
Celta



mercador iba subiendo en favor de los asturianos de una manera escandalosa... a pesar de que «seguíamos dominando»...

Parecía ser que la «inyección juvenil» aplicada a su línea de artilleros, daría eficaz resultado a la hora de la verdad. Pero, al parecer, los nuevos jugadores célticos quieren sostenerse en su cerrada «modestia», desesperando a cuantos nos parece un sueño todo cuanto al Celta le viene sucediendo.

No obstante, y aun contando que las reservas célticas son escasas con exceso, no creemos que los hombres que dirigen los resortes del club vigués, avezados a estas dificultades deportivas del momento, sean incapaces de alzar la moral céltica, el prestigio deportivo del viejo club y la raigambre, tan cariñosamente entretejida, que por el Celta, y por las cosas del Celta, existe en toda Galicia.

Un gráfico, que hoy damos a nuestros lectores, les hará ver con mayor claridad que estas pobres líneas, la posición que en el mástil de la Primera División ocupan las banderas de cada club.

* * *

Nadie nos representa en la Segunda División, por el momento, y por lo tanto huelga cualquier comentario, cuando a la afición gallega los equipos que integran el lote de «segundones» se mueven sin lograr calor apasionado entre nosotros.

Hablemos, pues, de la Tercera División, donde varios clubs gallegos luchan en cerrada lid con otros equipos encuadrados dentro del primer grupo.

Un enconado «cuerpo a cuerpo» llevan el once representativo de Palencia y el Berbés de Vigo. Marcha el lote cabecero tan estrechamente pegado que es muy difícil prever lo que en este grupo ha de ocurrir.

Tiene el Berbés posibilidades magníficas de una clasificación destacada, aun cuando llegue a cerrarle el paso el club palentino. Y sus hombres entusiastas, rebosando la moral que dá el no haber sido batidos todavía por ningún club de su grupo, apuntan verticalmente su marcha en el tablero de la clasificación, dando a sus alegres seguidores una satisfacción cada domingo, después de las amarguras que a los vigueses, les viene proporcionando el Celta.

No es este un gran consuelo, ya que hubiera sido mucho más interesante el ver a los dos equipos moviéndose en plan de triunfadores, pero lo que el inmediato pasado céltico no puede darnos ya, esperémoslo en un porvenir alentador y menos deprimente.

Del resto de equipos gallegos que alternan en esta competición de Tercera División, aun es prematuro hablar, aunque es muy posible que algunos que apuntan hacia arriba su marcha en el torneo lleguen a conseguir una posición destacable para sus clubs y para las ciudades a quienes representan.—MAN D' UVAL.

En Madrid con Pilar Millán Astray

LA ilustre sainetera me recibe del modo más familiar: sentada a la mesa-camilla, en la sala de estar de su casa de la calle Zorrilla. Es íntimo el ambiente y grata la penumbra, que la tarde plomiza y fría envía al través de los cristales de las ventanas. La salita está dotada de calefacción, pero no por esto se desdeña, bajo las faldas redondas y ampulosas de guardainfante de la camilla, el tradicional brasero, en el que se firma de vez en cuando, y corre por las piernas arriba un calor vivo y picante. Todo en la reducida estancia respira amor de hogar, y evoca las largas veladas invernales en las casonas antiguas. Las paredes están abrumadas de retratos y de cuadros; sobre la repisa que mide las paredes, lo mismo que sobre una consola arcaica y un bargueño señorial se agrupan multitud de objetos de arte de toda clase y tamaño.

—Todo esto lo he traído de mi casa de Galicia—se adelanta D.^a Pilar a la pregunta que sorprende en mi mirada curiosa—. Al salir de la cárcel no encontré aquí más que las paredes. Los refugiados rojos que se hicieron dueños del piso, lo habían destruído todo en absoluto. Como recuerdo de su paso me dejaron en la bañera, convertida en huerta, unos tomates y una mata de perejil. Y, naturalmente, inmundicia por todos los rincones.

Cierra un momento sus grandes ojos oscuros, como para ahuyentar el penoso recuerdo. En seguida, añade:

—He tenido que vender mi casa solariega de Galicia para poder instalar de nuevo este piso, pues al cesar mi cautiverio de 32 meses en las cárceles rojas, no tenía conmigo ni un solo céntimo... Pero, en fin, lo que importa es que hemos triunfado; el pasado lo iremos olvidando poco a poco, para pensar únicamente en el engrandecimiento de España.

Una de sus manos, blancas y cuidadas, abandona a la otra sobre la mesa, y acaricia un instante la cabellera gris y abundante de su dueña, con gesto de exquisita femineidad. Es admirable contemplar a esta mujer, ya abuela de nietos mayores, todavía bella, con su boca lozana y sus ojos negros de amplios párpados, siempre un poco descendidos, dándole a su mirada, como cargada de sueño, un aire de nostalgia o de tristeza.

«¿Cuántos años tendrá Pilar Millán Astray?», me pregunto a mi mismo. Y, en voz alta, a ella:

—¿De qué punto de Galicia es usted, D.^a Pilar?

—Mis abuelos eran de Leiro, cerca de Ribadavia, en



Pilar Millán Astray

(Vista por Garrán)

la provincia de Orense. Pero yo nací en La Coruña.

—¿A qué edad empezó usted a escribir?

—A los siete años.

Ante mi gesto de sorpresa, aclara:

—Quiero decir que a los siete años ya se me daba por lo que más tarde había de llegar a ser mi profesión. Era muy aficionada a los cuentos, y con frecuencia obsequiaba a mis amiguitas con ingenuas narraciones inventadas por mí.

—¿Cuándo se lanzó serio a la literatura?

—Desde que, en 1919, fué premiado un cuento mío en un concurso de «Blanco y Negro». Se titulaba «La Hermana Teresa». Yo lo envié a la popular revista en secreto, sin que nadie lo supiera en casa, así que la noticia del premio fué una sorpresa para todos, incluso para mí, pues estaba muy lejos

de suponer que mi trabajo pudiera llegar a obtener la halagadora distinción. Animada por el éxito de mi primera salida al campo de las letras, continué escribiendo con gran entusiasmo. El premio me había abierto no sólo las puertas del «Blanco y Negro», sino también las de «La Esfera» y «Nuevo Mundo», en todas cuyas revistas colaboré asiduamente.

—Su primer libro fué...

—«Todo amor», colección de cuentos de ambiente gallego, agotado en seguida. Me lo editara Pueyo, en 1920. A éste siguió una novela larga: «La llave de oro». Después, «Los ideales de Mery», «El ogro» y tantas otras publicadas en «La Novela Corta», tales como «Las dos estrellas», «Un caballero español», «Las veladas de la señora Isidra», etc., etc.

—¿Cómo se pasó al teatro?

—Don Jacinto Benavente, el admirado maestro de todos, me lo sugirió un día, diciéndome que al través de mis cuentos y novelas adivinaba en mí singulares aptitudes de comediógrafo. Alentada por la autoridad de sus palabras, me lancé. Y hasta hoy.

—¿Cuál es su primera comedia?

—La titulada «Al rugir del león», en tres actos. Los tipos y el ambiente son netamente gallegos. Empieza en una aldea de Galicia; el segundo acto transcurre en Madrid, en casa de unos Marqueses gallegos, y termina en un hogar de Galicia, otra vez.

—¿Qué tiempo invirtió en escribirla?

—Mes y medio. Debo confesar que yo no había leído

ni una sola obra de teatro, ni tenía la más ligera idea de la técnica, ni noción siquiera de los recursos propios del género. Tanto era así que no puse acotaciones, por desconocer incluso este detalle elemental. Alguien lo hizo notar después de la lectura, pero Federico Oliver replicó: «Para nada necesita acotaciones esta comedia». Luego añadió: «¡Con qué gusto le hubiera puesto una firmita su primo Linares Rivas!» Inmediatamente comenzaron los ensayos.

—Esto quiere decir que no tuvo usted bohemia, ¿no es cierto? Esa lucha tenaz que el novel sostiene contra los empresarios para salir del anónimo y darse a conocer, no ha contado para usted.

—No, por fortuna. Entregué la comedia a la compañía un 15 de Diciembre y el día 4 de Enero siguiente, 1923, se estrenaba.

—¿En dónde?

—En el Principal de Zaragoza, por la Compañía de Federico Oliver y Carmen Cobeña. Yo asistí al estreno, obteniendo un éxito francamente alentador. Después de la función, Federico le envió a mi padre un telegrama que decía: «Ha nacido una nueva gloria para el teatro español».

—¿Y en Madrid?

—En seguida me pidió la obra la Compañía Alba-Bonafé, que actuaba en el teatro Centro, hoy Calderón. Con los ilustres artistas citados, trabajaban María Fernanda Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles, entre otros magníficos actores. Creo que en contadas ocasiones habrá tenido una comedia un reparto tan excepcional como entonces lo tuvo «Al rugir del león». Verá usted.

Se levanta, desaparece en su despacho y vuelve con un ejemplar de su citada comedia:

—He aquí su reparto: Magda, María Fernanda Ladrón de Guevara; Dolores, Irene Alba; Marga, señorita La Riva; Victoria, Sra. Lozano; Duquesa, Sra. Manso; Barburiña, Srta. Caba; Jesús, Sr. Rivelles; Maestro, Sr. Bonafé; Marqués, Sr. Romea; Saavedra, Sr. Rodríguez; Criado, Sr. Sanz. El estreno se celebró la noche del 15 de Abril de 1923, con gran éxito de público y de crítica, alcanzando 75 representaciones, cosa desusada entonces.

—A «Al rugir del león» siguió...

—«Ruth, la Israelita», en tres actos, estrenada en 1924 en el Teatro Goya de Barcelona, por la Compañía de Santiago Artigas y Josefina Díaz. Su éxito no fué menor que el obtenido por las anteriores obras. Por cierto que una comisión norteamericana de literatos encargada de premiar la mejor comedia de aquel año, eligió «Ruth, la Israelita» para concederle tal galardón.

—¿Después?

—«El juramento de la Primorosa», dada a conocer en el Teatro de la Princesa el día 10 de Octubre de 1924, representándose 145 veces; «El Pazo de las hortensias», de ambiente gallego, por la Compañía de Ana Adamuz en 1925. Esta obra fué escogida para ser representada en el Teatro Nacional portugués. También se dió mucho en América. En 1927, «La tonta del bote», por Carmencita Oliver Cobeña, en el Teatro Lara, manteniéndose en el cartel más de 300 representaciones.

—¿Está usted satisfecha de la adaptación cinematográfica de «La tonta del bote»?

—Satisfechísima. Creo sinceramente que es una de las películas mejor realizadas en España.

—¿Cuáles fueron las últimas comedias que estrenó hasta ahora?

—«La meiga de Vilariños», en el Teatro Español, por

*Para mi querido familiar, Gauda
con mucho afecto le dedico estas
tristes cosas de mi penoso cautiverio,
pero sufre de entre los rojos por
Dios y por España
Desearé los muchos triunfos
en su carrera artística*

Pilar Meléndez

Madrid 12 Diciembre 1940

Autógrafo de la ilustre sainetera gallega.

la Compañía Guerrero-Mendoza. Esta obra, de ambiente gallego, la escribí en la cárcel. Además, «La Condesa Maribel» y «Carmiña». En provincias, varias compañías me han estrenado «Las tres Marías» y «Don Chucho el Roto».

—¿Qué obra de todas las suyas le gusta a usted más?

—Plenamente, ninguna. Con todo, mi predilecta es «El juramento de la Primorosa».

—¿Escribe usted con facilidad?

—Sí. Sobre todo por las mañanas, que son las horas que prefiero.

—¿Su opinión sobre el teatro actual?

—¡Ah!

Se queda callada un momento. Luego, sonríe intencionadamente. ¿Es que no quiere contestar a esta pregunta? ¡Bueno!

—¿Cree usted, Doña Pilar, que al público de hoy le gusta más el cine que el teatro?

—No. Lo que sucede es que hay más público de cine que de teatro. El cine es una cosa de juventud, y arrastra a ésta, fascinándola, porque rima perfectamente con los tiempos dinámicos que atravesamos.

—¿A qué autor español admira usted más?

—A Benavente, sin discusión. Después, a los Quintero, Arniches, Muñoz Seca...

—Si no fuese usted escritora de teatro, ¿qué le hubiera gustado ser en la vida?

—Pues... escritora de teatro.

Reímos; y cambio de disco:

—¿Dónde se encontraba usted el 18 de Julio?

—En Alicante, en la finca «Pant Janet» de mis hijos. Al estallar la revolución roja, me escondí en casa del Doctor Tapia. Pero a los tres días dieron con mi refugio, en uno de sus frecuentes registros, y fuí encarcelada en los calabozos del Gobierno civil. Al cabo de seis o siete días me trasladaron a la cárcel del Reformatorio, teniendo la dicha de compartir mi celda, durante treinta y dos largos meses de cautiverio, con Carmen Primo de Rivera, tía María y Margot Larios de Primo de Rivera. Allí escribí también, además de «La meiga de Vilariños», multitud de poesías que repartía entre mis compañeras. No tienen otro mérito que la emoción del momento en que fueron compuestas, a hurtadillas de los carceleros. Pero la amabilidad de las ex cautivas, al nombrarme su decana, ha querido recogerlas en un libro que Saturnino Calleja ha editado primeramente, por cierto.

Acto seguido me dedica afectuosamente un ejemplar. El libro se titula «32 meses en las prisiones rojas». Contiene más de 150 poesías, de tierna y delicada factu-

(Termina en la página 35)

INFORMACION GRAFICA



Boda de la Srta. María Luisa Argenti con Don Heliodoro Aguilar Díez, celebrada en la iglesia de Santa María la Mayor de Pontevedra.



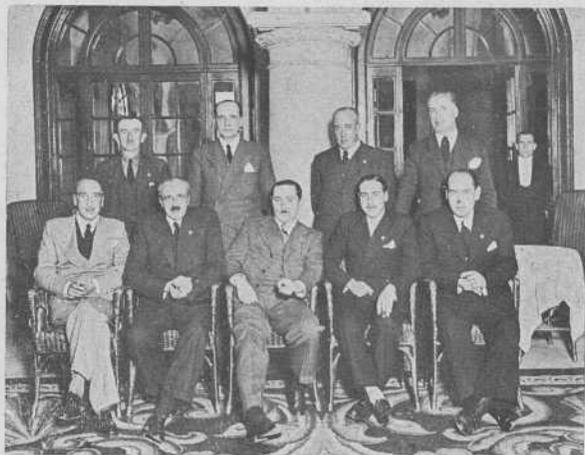
VIGO.—El Gobernador Civil hace entrega de donativos a los subsidiarios, en la Delegación Sindical, con asistencia de las autoridades locales. (Foto Pacheco)



VIGO.—Acto de inauguración de la Exposición del laureado pintor Manuel Abelenda en la Rotonda del Casino. (Foto Pacheco)



MARIN.—El típico barrio marinero de la Banda del Río, que desaparece con motivo de las obras de la Escuela Naval Militar.



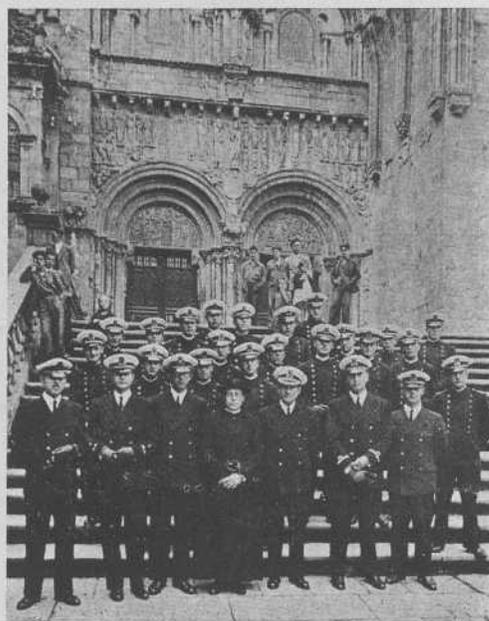
SANTIAGO.—Reunión íntima de la Corporación municipal como despedida al Alcalde de la ciudad, señor del Valle. Manifestación popular de simpatía a su persona y sentimiento por su marcha.



La brillante peregrinación de Granada saliendo de la Catedral, después de ganar el Jubileo.

Información gráfica de Santiago de Compostela

(Fotos Arturo)



Grupo de profesores y alumnos de la Escuela Naval Militar de Marín, que ganó el Jubileo.

EL CONGRESO INTERNACIONAL DE ANATOMÍA



Sesión inaugural del Congreso de Anatomía, celebrada en el Paraninfo de la Universidad.



Fiesta gallega que tuvo lugar durante un banquete en honor de los congresistas.



LUGO.—El Sr. Rubín, ganador de la Copa de Galicia y campeón de Tiro de Pichón de 1943, con el trofeo conquistado en las recientes fiestas de San Froilán.
(Foto Vega)



PONTEVEDRA.—Acto de imposición de Medallas de la Vieja Guardia, por el Jefe Provincial del Movimiento, a varios camaradas de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., celebrado en los salones de la Jefatura Provincial.
(Foto Pintos)



SANTIAGO.—La nutridísima peregrinación de Bilbao posando para nuestra Revista ante la fachada de las Platerías, después de ganar el Jubileo. (Foto Arturo)



PONTEVEDRA.—El veterano maestro compositor, D. Juan Serrano, autor de bellas páginas musicales, al que se rendirá un homenaje, el próximo día 5, en esta ciudad.

PARTIDO CELTA - REAL SOCIEDAD



VIGO.—Un acoso a la portería de la Real Sociedad.—La defensa forastera evita un momento peligroso para la portería. (Fotos Pacheco)



CORUÑA.—El coro gallego «Cantigas da Terra», rodeado de los Delegados de la Hermandad de la Virgen del Pilar del Cuerpo de Correos, durante la fiesta típica celebrada en su honor en el parque del Casino.

(Foto Cancelo)



VIGO.—Brillante acto de clausura del Congreso Internacional de Anatomía de Santiago de Compostela, celebrado en los salones del Círculo Mercantil.

(Foto Pacheco).



ORENSE.—El Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento en el uso de la palabra, durante el acto celebrado en Celanova con motivo del pago del subsidio familiar, que alcanzó a novecientas familias del partido de dicha villa.

(Foto Villar)

CUENTO DE HUMOR

POR QUE MATÉ A MI TIO OLEGARIO.

Por Celso Emilio Ferreiro

MI tío Olegario era un tío con toda la barba, como podía comprarse en un retrato al pastel colgado en la sala de visitas, lugar el más distinguido de mi casa, en la que el pater familias era un pobre, pero honrado, funcionario de la Administración Local. Bien es cierto que en aquella especie de santuario de las glorias familiares había otros retratos tal como el de la bisabuela Dorinda, enfundada en un vestido de moaré con mangas de jamón y cintura de avispa, adornado con encajes de Camariñas y luciendo cuatro sortijas deslumbrantes y un abanico de marfil, asombro y envidia de las damiselas del pueblo, allá por el año de 1858, y otro de mi padre con atuendos de caza: morral, canana, polainas de media caña, escopeta y un perro esmirriado de mirada lánguida y triste. Mi padre tenía la mano derecha a guisa de visera, como oteando el horizonte en busca de unas hipotéticas perices.

Había asimismo en aquel rincón de los recuerdos varios trofeos inapreciables: Un machete que trajo mi abuelo de la guerra de Cuba, aureolado con la leyenda un poco dudosa, de habérselo arrebatado al propio Maceo en una escalofriante lucha cuerpo a cuerpo.

Encima de un mueble descansaban todos los cachivaches y bisuterías acumulados durante cincuenta años y entre aquella barroca profusión, destacaba ante mi curiosidad infantil, una caracola de poética recordación.

Pero lo verdaderamente conmovedor era aquel retrato con marco dorado, cubierto con un tul verde, para que las moscas «no hiciesen de las suyas», desde el que tío Olegario me miraba con su barba magnífica de marinero escocés, su corbata de plástón y su jipi-japa de cien pesos.

Mi tío Olegario, era un hombre monstruosamente rico. ¿Qué otro calificativo podría darle al hecho de poseer más de dos millones en dinero contante y sonante, amén de cinco ingenios que ocupaban media provincia de Matanzas y dos fábricas de tabaco en Taguasco, allá en la dulce y bella Cuba?

Nadie sabía el origen de aquella cuantiosa fortuna. Siendo un mozuelo había emigrado, casi sin rumbo, huyendo de la disciplina férrea de mi abuelo que, como viejo militar, todo lo hacía a toque de corneta, es decir, a grito pelado de su voz estentórea y metálica, que, según dicen, daba temblor de piernas y palidez de rostro al que la escuchaba.

También había contribuído, y no poco, a la marcha del tío Olegario, los latinajos que el viejo Padre Ferrete quería inculcarle, mollera adentro, a fuerza de coscorrones y de tirones de orejas que continuamente le propinaba para ver de llevar a feliz término el más grande anhelo de su padre, que consideraba al hijo predestinado para la vida sacerdotal.

Emigró, pues, y nada se supo de la suerte que había corrido hasta que, pasados veinte años, llegaron los primeros rumores de sus riquezas de Creso, traídos por uno de tantos emigrantes, Juan de Casardeita, que regresó de Cuba con más deudas que salud. Un día en la taberna se encandiló con el morapio peleón y se puso a cantar con nostalgia bellas «guajiras» entre el aplauso y jaleo de los contertulios.

«Adiós Cubita la bella
con tus murallas de guano,
ya se retiró un cubano
porque el hambre le atropella.»

La concurrencia celebró con risotadas la canción bellaca y Juan de Casardeita replicó desplícitamente:

—Pues sabréis, queridos compadres, que no todos los que emigran regresan atropellados y molidos por el fracaso

como yo. Otros hay que se han ganado sus buenos cunquibos y, ¿cómo no?, viven como príncipes. Alguno conozco que ha morado por estos andurriales cuando era un rillote descamisado y ahora podría mercar medio reino sin gran merma de su bolsa.

Todos callaron menos el tabernero, un viejo zorro de mirada maliciosa, que sentenció mascullando las palabras:

—Mira, chacho; ser será cierto lo que cuentas, pero cuéstate trabajo darle crédito, porque muy mal hijo de esta tierra tenía que ser el indiano ése, para no acordarse de esta comarca, como hacen otros en su caso.

Juan de Casardeita expoleado adrede por el viejo tabernero habló hasta cansarse de fabulosas riquezas, que iba desmenuzando en joyas, fábricas, palacios, fincas, barcos, y al final, ante el pasmo y la mirada interrogante de los contertulios, puso nombre al protagonista de su relato.

—Este hombre de que os hablo, es Olegario, el hijo del finado Capitán del Casal. Pues ese es y no otro. ¡Para que os empapeis! Olegario, que allá le dicen de don, porque tiene el din.

La noticia corrió como galgo por toda la comarca y llegó, como es natural, a oídos de mis progenitores que acordaron escribirle al tío Olegario una carta muy cariñosa, sin dejarle traslucir que la familia estaba en el ajo de sus riquezas.

Al día siguiente, mi padre con su mejor letra redondilla de burócrata, pergeñó unas líneas conmovedoras para aquel hermano perdido en la vorágine del mundo, cuyo albur se desconocía, siendo nuestra mayor preocupación, nuestra constante pesadilla el pensar que acaso estuviera pasándolo mal, hambriento y desnudo, quizá enfermo y sin blanca en un hospital de mala muerte, en cuyo caso estábamos dispuestos a sacrificarnos para ayudarle dentro de las posibilidades de nuestra pobreza. La carta fué dirigida al Cónsul de España con el ruego de su entrega al destinatario D. Olegario Guierrez de la Gándara, «caso de ser habido».

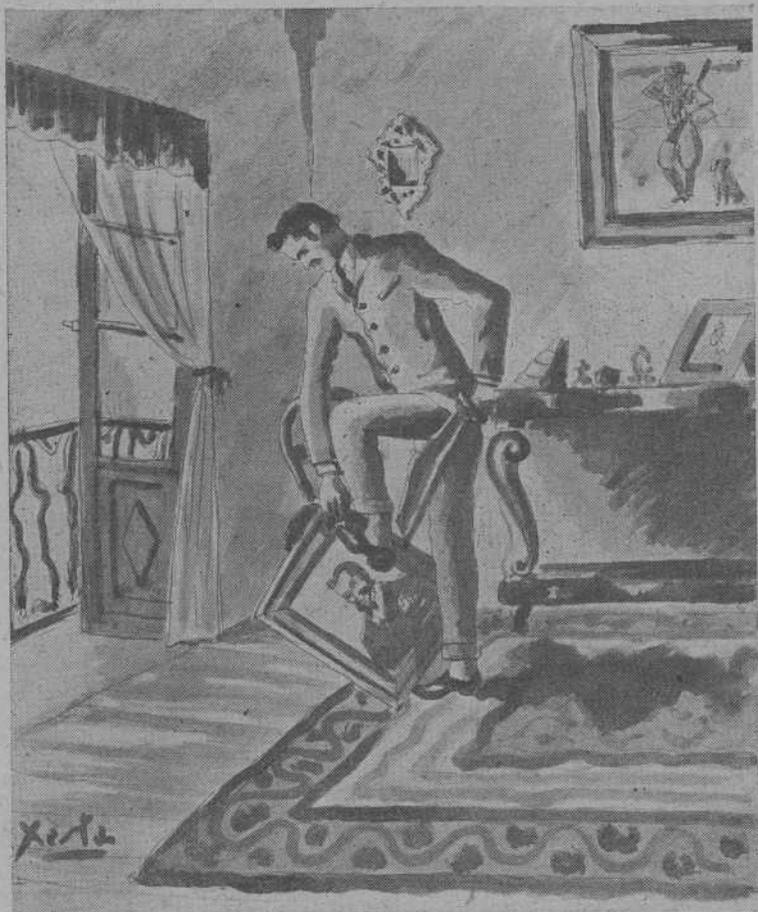
La respuesta se hizo esperar más de lo deseado, produciendo, como es de suponer, una terrible inquietud en el ánimo de mis padres.

Un día —¡al fin!— llegó una carta larga, apretada, plumbea, escrita a máquina, en la que el tío Olegario volcaba su alma fuerte de viejo luchador y dejaba solamente traslucir su óptima posición financiera.

Ahora comprendo que aquella carta era la de un loco de atar. Se permitía hacer disquisiciones filosóficas curiosísimas: «Solo lo positivo, lo tangible, es verdad. Deseo que vuestro hijo sea un hombre práctico, sin sentimentalismos. Si por desgracia saliera «teórico», ¡fuera con él!»

Más adelante, y para corroborar estas ideas practicistas, afirmaba no sentir afecto ninguno por la tierra natal, «nido de caciques, donde toda miseria tiene asiento».

De esto a decir que la familia le importaba un pepino no había más que un paso, pero mis padres, obsesionados por la fortuna que de la noche a la mañana les entraba por la puer-



... fui apuñalando aquel rostro odioso, hasta dejarlo horriblemente mutilado... (Dibujo de XESTA)

ta, ni se preocuparon de descifrar aquel galimatías pseudo literario.

Al poco tiempo, y después de habérselo pedido con machacona insistencia, llegó el retrato del tío Olegario, que solemnemente fué colocado en el lugar de honor de la casa, por el que desfiló lo más cernido del pueblo, para contemplar aquella maravilla del arte pictórico, al propio tiempo que para felicitar a mis padres —algunos con la negra envidia a flor de piel— por el hallazgo fabuloso.

—«Bueno, bueno, —exclamó uno— quien lo había de decir...»

—«Suponemos —insistió otro— que te acordarás del pueblo. Mira, apropósito: En el Ayuntamiento hay hace años un proyecto de alcantarillado y otro de traída de aguas. ¿Por qué no lo tomas por tu cuenta?»

Mi padre no decía nada, pero reía plácidamente con su cara bonachona, dando a entender que todo aquello y mucho más estaba de antemano concedido.

Todo había cambiado en aquel modesto hogar de probo funcionario de la Administración Local. A mi padre se le desarrugó el ceño endurecido por las diarias dificultades, y a mi madre se le alegraron los ojos que siempre tuviera tristes y brumosos. Hasta yo mismo me sentía liberado de aquella timidez enfermiza que me había hecho ganar entre los compañeros de la escuela el remoque de «Boleca» y miraba con cierto aire provocativo a los rillotes del barrio que, tácitamente, reconocían mi superioridad de probable niño rico y se humillaban ante mi posible poder monetario, sin atreverse ni por asomo, a llamarme por el apodo infamante.

Por las noches durante la frugal cena cabe el llar garimoso, mis padres desgranaban sus proyectos mejores para mi porvenir que vaticinaban venturoso.

—Estudiarás una carrera práctica, positiva— afirmaba mi padre—. Una carrera que dé dinero.

Yo asentía en silencio y mi madre trémula de emoción me preguntaba:

—¿Tú qué quieres ser? Dilo, neno.

Rápidamente recorrí todas las profesiones por mí conocidas, y ninguna me pareció tan admirable como la de abogado, porque recordaba el bufete de uno, lleno de libros y papelotes, que sin duda estarían repletos de estupendas lecturas.

—¡Abogado!—exclamó mi padre lleno de ira. ¿Abogado, tú? ¡Dios me valga! Antes muerto. ¿No me has oído que quiero para tí una carrera práctica? ¿Qué hacen los abogados de positivo, más que inventar leyes para después burlarlas? Nada, nada; tú serás arquitecto, que es una gran carrera.

—¡Hijo de mi alma!—gritó mi madre aterrada, dirigiéndose a mi padre—. Arquitecto de ninguna manera. ¿No ves que tendrá que encaramarse a los andamios para vigilar las obras, y puede caerse? Oh, sería horrible.

—Bueno, pues entonces, médico.

—¿Y el contagio, no tienes en cuenta el contagio? ¡Pobre hijo mío!—gimió mi madre.

Después de una larga y prolija deliberación, en la que se sopesaron los pros y contras de todas las carreras, acordaron que yo fuese perito agrimensor, pero no como otro cualquiera; sinó como un gran especialista en la materia, que muy bien podría llegar a Ministro de Agricultura.

Yo acepté resignado los planes familiares, no sin una infinita tristeza. Quisiera ser otra cosa menos vulgar. Anhelaba ser un gran poeta; un escritor de novelas de aventuras, como aquellas de Dik Turpin, que a hurtadillas leía por las noches. ¿Pero cómo atreverme a insinuarlo? Mi padre me fulminaría su maldición y tío Olegario nos desheredaría irremediablemente. En mis oídos sonaban sus palabras inexorables: «Si vuestro hijo «sale un teórico», ¡fuera con él!»

Dije, pues, adios a mis fantasías poéticas, a mis novelas de aventuras en islas desiertas y me sumergí heroicamente en el profuso mar de las matemáticas. Mi indigesté con el binomio de Newton; la raíz cuadrada fué mi pesadilla y los decimales mi fiebre permanente.

...

Las cosas así, un mal día llegaron nuevas de la casi repentina muerte de tío Olegario. En casa todos nos hacíamos la misma pregunta: «¿Se habrá acordado de nosotros?» Esta terrible duda hacía que mis padres estuviesen inquietos, silenciosos, desasosegados. Vagaban como fantasmas por los pasillos de la casa, sin valor para mirarse frente a frente. Como no llegaban noticias, decidieron acabar con la incertidumbre torturante, haciendo gestiones cerca del cónsul en la ciudad. El resultado fué catastrófico, terrible, aplastante. Tío Olegario había dejado todos sus bienes para una fundación benéfica, patrocinada por él mismo y que llevaba su nombre.

El cónsul al dar la noticia de esta hecatombe, le dijo a mi padre con una sonrisa estúpida:

—Debe estar usted orgulloso de tener en la familia un filántropo de tal estirpe.

—¡Un filántropo! ¡Un filántropo!—repetía mi padre anodado.— ¿Y mi casa? ¿Qué va ser de mi casa y de mi hijo?

Todo se vino abajo como un castillo de naipes. Lloramos en silencio, allá en lo íntimo, aquella desgracia que nos había llegado tan sigilosamente como la ventura que la provocaba.

(Termina en la página 34).

ACTUALIDAD MEDICO-CIENTIFICA EN SANTIAGO DE COMPOSTELA

SE CELEBRÓ EL CONGRESO OFICIAL LUSO-HISPANO-AMERICANO DE ANATOMÍA

Mientras el mundo se desangra...

... los investigadores de la Medicina se reúnen para fijar la unificación de criterios orientados a defender la Humanidad de los peligros de la Muerte, que nos acecha traidoramente en la esquina de todas las horas.

Los hombres de ciencia de España, Portugal y, simbólicamente, los de los países allende el Atlántico, se han dado cita en Santiago de Compostela, para presentar el resultado de sus trabajos, consumados con una abnegación sin límites en laboratorios y anfiteatros; brillantes conquistas de tipo científico adquiridas ante el cadáver humano, paciente y altruísticamente desmenuzado a fin de desentrañar los misterios de la vida y de la muerte.

Mientras el mundo se desangra, los obreros de la Medicina trabajan. Buscan la Vida en la propia víctima de la Muerte. En tanto sobre las ciudades en guerra cae la bomba mortífera sembrando la destrucción por doquier, en los laboratorios y en los anfiteatros luso-hispano-americanos los heroicos legionarios de la Ciencia se entregan a la callada y fecunda labor de hallar remedio a nuestras dolencias.

En Santiago de Compostela, marco de la Fe y del Saber, ha tenido efecto, desde el 11 al 15 de Octubre último, la importan-



El magnífico grupo escultórico, del que es autor el gran Asorey, simbolizando a Versalius y su obra, que figuró en la escalinata de honor de la Facultad, durante los días del Congreso.

◆
**Brillante sesión
de clausura
en la ciudad
de Vigo**

◆
POR

Jesús Rey F. Alvite

(Especial para FINISTERRE)

tísima y anunciada concentración de ilustres mentalidades, que expusieron, en casi doscientas comunicaciones, acerca de tema tan amplio y complejo como es el de la Anatomía, la conclusión de sus estudios y el fruto de sus investigaciones, escribiendo en los anales de estos Congresos internacionales un áureo capítulo que será en breve plazo leído y provechosamente comentado en el ejercicio de la profesión médica.

La ciudad de Compostela vibró en horas de suma emotividad. En una fecha gloriosa, en que la grey católica acude al Santuario de sus males espirituales, como peregrinos de la Ciencia han llegado también los médicos de este Congreso. Y en una Facultad de Medicina de tanto abolengo y tradición como la ilustre Escuela Gallega, que ha dado al mundo del saber hombres como Nóvoa Santos, Carracido y Baltar, entre otros no menos eminentes, con admirable método y elocuente serenidad expusieron sus teorías los congresistas, sin tono doctoral ni petulante, sino con la sencillez de su entusiasmo y deseo fervoroso de aportar al movimiento de la ciencia mundial el bagaje de sus investigaciones en pro de la humanidad doliente.

¡¡Llor a la clase médica de Portugal!... La representación que el vecino país envió a Santiago fué tan selecta como bri-

llante. Aureolados de su proverbial modestia, los portugueses brindaron al Congreso la ponderada madurez de notabilísimos trabajos, por los que no cayó en exageración el profesor de la Escuela Médica compostelana Dr. D. Ulpiano Villanueva de Castro, cuando en el banquete celebrado en la hermosa capital herculina y al glosar la cuantiosa gestión de los médicos lusitanos, exclamó: "Son los benedictinos del estudio y los amparadores de la humanidad que se ve vencida por el mal".

De 1543 a 1943.

El Congreso dedicó las sesiones al Cuarto Centenario de la publicación de la obra de Andrea Vesalius, titulada "Humani Corporis Fabrica". Innovador y adelantado de los tratados de Anatomía, el recuerdo imborrable del profesor florentino estuvo latente en el pensamiento de los congresistas, más que como homenaje al hombre, como rivalización de la inmortalidad de su obra, en consulta diaria en todos los centros anatómicos del universo.

Andrea Vesalius perdura en la inteligencia y en las bibliografías científicas como una figura epopéyica. Para que la posteridad le hiciese justicia, hubo de pasar en vida por los trágicos trances del sabio perseguido y tildado de hechicero, sólo porque era portador de la antorcha esplendente de la Verdad. En España dejó Vesalius la simiente fecunda de su enseñanza; y sus teorías sobre el cadáver humano demuestran a sus detractores la capital ignorancia en que estaban sumidos. Pero aquí, al igual que en Italia, Vesalius se ve en la necesidad de emigrar, buscando la tranquilidad que para sus estudios necesita y se le niega. La muerte le sorprende solo y abando-

nado como si se tratara de una piltrafa humana...

Desde 1543 a 1943, el recuerdo del sabio vuelve a ocupar el primer plano de la actualidad médica del Orbe... Y este Congreso de Compostela estuvo como presidido por la presencia intencional de su obra, recibiendo Vesalius el testimonio de la admiración de los ilustres hombres de ciencia allí reunidos, que bajo su norte y guía dirigen sus pasos por los intrincados senderos de la salud.

El propulsor del Congreso.

A la tenacidad de Dr. Echeverry, Catedrático y Director del Instituto Anatómico de la Facultad de Medicina de Santiago, hay que conceder la mayor parte del trabajo de este Congreso, en lo que se refiere a su parte técnica y de organización. Por ser de justicia, queremos hacernos eco del tributo público que el Dr. Hernani Monteiro, uno de los más esclarecidos investigadores científicos de Portugal, propuso se rinda al Dr. Echeverry, anunciando en el solemne acto de clausura, celebrado en la populosa e industrial ciudad de Vigo, Perla de los Mares, ventana abierta al Atlántico, que todos los anatómicos de su país solicitarían

del Gobierno del Sr. Oliveira Salazar una condecoración oficial para el prestigioso médico compostelano.

De cerca —por exigirlo nuestro cometido periodístico— seguimos las intensas jornadas de este Congreso, y reconocemos que nadie con más méritos que el Dr. Echeverry para que, en la hora de los tributos, reciba la consideración agradecida de la familia médica congregada en la dulce región gallega.

El Dr. Echeverry hizo posible la celebración fijada del Congreso, cuando todo amenazaba con su aplazamiento, por las naturales vicisitudes que atraviesa la situación internacional.

Por otro lado, en la parte científica que le correspondió desarrollar este joven y ya lozano valor de la Universidad médica de Galicia, acusó una recia personalidad, presentando cuatro trabajos de investigación y revelándose como un orador de altos vuelos poéticos, al hacer uso de la palabra en tres ocasiones en Santiago, Coruña y Vigo, durante la última sesión del Congreso. Su postrer discurso fué conceptuado por alguien, como "la oración del poeta médico".

Sigue el Dr. Echeverry la trayectoria trazada por el recordado maestro de la Anatomía en Galicia, alumno preclaro que fué de la Universidad de Compostela y después su esclarecido Rector, el Dr. Alejandro Rodríguez Cadarso, denodado campeón del intercambio cultural y científico entre Portugal y España. Más de una vez, sonaron en el Congreso palabras de encendido elogio en honor del Dr. Cadarso.

La obra del Dr. Echeverry es la obra del discípulo que sabe seguir y completar la maravillosamente comenzada por el eminente maestro.

*En el próximo
número*

**"Los Congresistas
hablan para los
lectores de
FINISTERRE"**

LIBROS

LUIS IGLESIAS IGLESIAS.—“*Biología de los parásitos del hombre*”. Madrid, Gráfica Informaciones.

Aparte de la vasta y profunda cultura biológica—tan profunda y vasta, que hace de él un sabio en plena juventud—el Doctor Iglesias, es dueño de otras condiciones, importantísimas para el hombre de ciencia que desea divulgar sus conocimientos e investigaciones: la claridad y sencillez en la exposición, unido a una constante amenidad que en ningún momento abandona las nutridas páginas de este libro, obra interesantísima no solo para los dedicados al estudio de las ciencias naturales, sino también para aquellos amantes del saber que quieran enriquecer su acervo cultural, enterándose de las más recientes investigaciones sobre los microorganismos.

El libro, esmeradamente presentado, no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre culto, y especialmente en la del médico que desee estar al tanto de las medidas profilácticas más indicadas contra el peligro de los parásitos del hombre.—F.

*

HIPÓLITO DE SÁ BRAVO.—“*Sin Luz*”. Poesías. Gráficas Torres, 1943. Pontevedra.

Bajo el título de “Sin Luz”, Hipólito de Sá, ha recogido en un breve volumen, primorosamente editado, treinta y ocho de sus poesías, algunas inéditas y otras ya dadas a conocer en diversos periódicos, en todas las que campea la más profusa variedad de métrica.

El autor pretende, y lo consigue, ofrecernos las vibraciones íntimas de su espíritu altamente sentimental ante el espectáculo de la Naturaleza, las dulzuras de la vida mística o los misterios del amor; profano sin pretensiones de poeta, confiesa en el prólogo. Más que un artista, Hipólito de Sá, se considera “un hábil naturalista que sabe coleccionar con esmero los variadísimos latidos de la sensibilidad de mi espíritu”, según añade después.

Versos sencillos y fáciles, se

leen con agrado y sin cansancio, y en ellos hallamos ecos de nuestro propio corazón. Cuanto hay de emotivo y sugerente en la vida, desfila por las páginas de “Sin Luz” envuelto en los sutiles ropajes del sentimiento. Se adivina al poeta emocionado ante las cuartillas, asomando las lágrimas a sus ojos, mientras la pluma canta las maravillas que se entran a raudales por sus sentidos, vibrantes como la flecha que sale disparada del arco y queda temblando al clavarse.

“Sentires íntimos saturados de lágrimas y amores”, califica el autor sus poesías. Hay, en efecto, en “Sin Luz”, como una sensación de desnudo y de pudor en trance de profanación. Versos para uno mismo y para nadie más, yo hubiera aconsejado a Hipólito de Sá, la permanencia inédita de “Sin Luz”. El mismo apunta tímidamente sus temores, en el ya citado prólogo: “Muchos leerán mis poesías, y no todos sabrán comprender lo que ellas significan, ni el misterio que encierran”. Obra hecha con el corazón, más que con la cabeza, su efecto íntimo, personal e intraducible se evapora al ser herido por la cruda luz de la opinión pública, como un pomo de sales abierto. Se rom-

pe su encanto sensitivo, nacido del momento y del motivo que lo produjo, imposible de reconstruir, de desandar, de regustar, como es imposible recomenzar la vida.—C.

*

SEBASTIÁN RISCO.—“*Trebol poético*” (*Recuerdos compostelanos*). Editorial Roel, La Coruña, 1943.

La Ciudad Santa de Compostela ha sido siempre no solo motivo religioso-turístico, sino también una fuente inagotable de inspiración poética. Desde el medioevo, nunca le faltaron a Santiago poetas y juglares que cantasen, en loas encendidas, la maravilla de sus piedras milenarias. Compostela, mejor que ninguna otra ciudad, merecía llamarse *la bien cantada*, porque, en efecto, lo ha sido y en todos los acentos y tonos, desde el lírico y primitivo de los Cancioneros, pasando por el dulce, tierno, y la vez profundo, de Rosalía, hasta el erudito y doctoral de Gerardo Diego.

Hoy llega a nuestras manos este libro en el que Sebastián Risco nos dice, en tres poemas, su recuerdo emotivo de Compostela. Libro esmeradamente editado, con un prefacio de nuestro querido amigo Santiago Amaral, dilecto colaborador de FINISTERRE, que también ha cantado múltiples veces, con la barroca esplendidez de su prosa maestra, el encanto singular de Compostela.

Para juzgar a Sebastián Risco, nos faltan antecedentes y estos tres poemas que ahora lanza al público, no nos dá íntegramente su *ser* poético, que adivinamos lleno de sensibilidad y fantasía exquisitas:

«El templo es un inmenso
corazón agitado.

Sus piedras impasibles
se estremecen de cánticos...»

El verso fluye sencillo, con esa difícil sencillez, que nos hace adivinar en el autor condiciones de poeta logrado. Espere-mos a ver si se confirman. Entretanto,—como dice el prologo—embarquémonos en el leve velero de largas rutas de estos tres poemas de Santiago.

¿Es usted aficionado a la fotografía?

Tome parte en nuestro
CONCURSO
y mándenos sus fotografías sobre motivos gallegos: paisajes, monumentos, composición, figuras, etc.

PRIMER PREMIO: 200 Ptas.
SEGUNDO " 100 "
TERCER " 50 "

Las fotos premiadas serán publicadas en la portada de nuestra Revista, como también todas aquellas que, a juicio de los seleccionadores, merezcan tal distinción.

El plazo termina el día 31 de Diciembre de 1943.



Federico García Sanchiz, Portavoz del "santiaguismo"

*El pelo rebelde
avanza sobre su
frente, cayéndole
como una lluvia
de ideas.*

El ilustre escritor Federico García Sanchiz, creador inimitable de las «charlas líricas», ha permanecido en el Tambre cerca de un mes, maculando centenares de cuartillas. Allí, un poco olvidado del mundo, solo en medio del paisaje agreste, preparó abundante material para su anunciada campaña hablada por España primero y por América después. Campaña que tendrá como «leit motiv» Compostela y el Santiaguismo. En efecto, García Sanchiz se propone, en una serie de charlas líricas que comienza en Valencia en estos primeros días de Noviembre, continuará en Barcelona y Madrid y terminará en las grandes ciudades hispanoamericanas, propagar y exaltar el «Santiaguismo».

En el suntuoso «hall» del Hotel Compostela nos reconocemos y nos damos un abrazo cordial. Y charlamos. Es decir: charla Sanchiz y yo le escucho encantado. Para el gran «causéur» la tertulia es una prolongación del escenario, y hasta los temas más triviales ganan inusitada amenidad e interés al pasar por sus palabras de auténtico conversador de raza, presentadas con ademanes de gran señor—¡oh aquella mano izquierda de Sanchiz!—, diciéndonos las cosas más atrevidas sin herir a nadie... Acompañándole una noche, en Lisboa, desde el hotel al teatro en que daba una charla, antes de embarcar para Buenos Aires, me confesó Sanchiz que ni un solo momento de sus horas podía dejar de cultivar su arte, tan inimitable como difícil, nutriéndolo constantemente de renovada savia: necesita vigilar su memoria, hacer gimnasia mental con las ideas, jugar con los vocablos, para mantener la imaginación siempre jugosa y la dicción siempre pura. De este modo, su conversación es un regalo exquisito para los oídos y para el espíritu, y, como me dijo Jesús Rey Feás-Alvite, dan ganas de preguntarle, al despedirse de él, «cuanto hay que abonar por la butaca».

—He venido a despedirme del Apóstol—me informa Sanchiz—después de permanecer cerca de un mes en el Tambre, en la casa-habitación del ingeniero de la Sociedad Eléctrica Gallega. Mañana regresaré a Madrid para comenzar mis charlas. Pero antes me he llegado a Finisterre, porque siendo de la tierra donde el sol se levanta para España, he querido ver el lugar donde el sol muere para Europa.

Su voz sigue siendo cálida, acariciadora, persuasiva. Todos lo conocéis: García Sanchiz tiene un rostro original, casi raro. Los ojos, la nariz, las mejillas, todo parece que está en él aplastado. El pelo rebelde avanza sobre su frente breve, cayéndole encima de los ojos, agazapados

bajo las cejas espesas, como una lluvia de ideas. La nieve de los años comienza a salpicar de plata la cabeza leonada—que en la calle cubre ampliamente con un casi gigantesco chambergo bohemio—; pero Sanchiz sigue siendo el hombre joven, optimista y entusiasta, mezcla de mago y de juglar, que desde hace varios años cautiva la atención de todos los públicos del mundo con su género literario del que es creador y único oficiante.

Ahora se dispone a no hablar más que del Santiaguismo, tema sugestivo y esplendente como su propio verbo, empapado en los siete colores del arco iris. Sanchiz es un enamorado de Compostela y es, sin disputa, el primer santiagués de Santiago. El camino románico y glorioso del Medioevo ha sido recorrido por el eminente charlista con lenta y minuciosa devoción de peregrino fervoroso. Sanchiz ha penetrado en el jardín ubérrimo de la Historia de Compostela y ha cortado las más fragantes rosas para ofrecer al público, en un empeño de divulgación que nunca sabrá Santiago agradecer bastante, movido por motivos íntimos y acendrados.

Oigamos su propia confesión:

—En memoria de mi hijo, que, recién nacido fué presentado a la Virgen del Pilar, y que ya adolescente vino a ofrecerse al Apóstol, presentación y ofrenda consagradas en su muerte a bordo del «Balears», he hecho voto de no dedicar lo que me reste de vida sino a España, a la Españolidad y al Santiaguismo.

—Federico: ¿en qué consiste el Santiaguismo?

—El Santiaguismo, inmemorial en su esencia, acaba de nacer, y consiste en la ordenación, en la reducción a un sistema de los diversos elementos que constituyeron el gran hecho jacobeo. Mirado éste según la filosofía de la Historia, y conforme a una poesía de la Historia en que yo me complazco, inspira todo un programa, tan universal como hispánico, que podría llenar de sustancia los tiempos venideros. En la monografía titulada *Nuestro Patrón Santiago*, que acaba de publicarse, expongo con detalles ese programa. Hay en él tantas meditaciones como corazón.

—¿A qué obedece, pues, su próxima campaña?

—Es que en España, la palabra escrita no tiene nunca la eficacia que la hablada. Por eso yo voy a lanzarme por esos mundos—primero la Península, luego el Continente Americano—a difundir el Santiaguismo. El Señor Santiago me ayudará. Amén.

«Tenemos pues un libro—*Nuestro Patrón Santiago*—y una serie de charlas en preparación, iniciadas con

*En los viejos siglos, cuando al Finisterre
tenía innumerables legiones de peregrinos,
en busca de los reliquias jacobitas.
¡Dios sabe que el Finisterre se tiene
felizmente la consigna a publicarse
en Galicia, nueva el mundo, y a todas
partes lleva el Santiaguismo!*

Federico García Sanchiz

Compostela, 1943, Luis Sento.

Autógrafo del ilustre charlista para FINISTERRE

aquella que dí en el claustro de San Martín Pinario, que no persiguen otro propósito que el renacimiento, y la amplificación del culto jacobeo, con el nombre de «Santiaguismo».

—¿Qué más?

—Esto es lo trascendental. Pero al par hay que preocuparse de Compostela, la portentosa Compostela, relicario que ha de ser digno de sus reliquias. Le supongo enterado de...

—¿Qué?...

—De que se hallaba en peligro de horrendas profanaciones, y digo se hallaba porque está en vías de arreglo la mayor de todas ellas: el nuevo edificio del Banco de España, tremendo error, sin excusa posible. Puedo asegurar que va a repararse el daño. El Gobierno y el Banco, de consuno, han decidido salvar la difícil situación creada por un desliz que no sé si llamar arquitectónico.

—¿Cómo?

—Ya se verá. Perdóneme que por ahora no pueda ser más explícito. Pero, en suma, respondo de que el tumor será estirpado.

—¡Magnífico!

—Luego será cosa de emprender nuevos trabajos. El más importante, desarrollar del todo la zona de sublimidad que rodea a la Catedral. ¡Esto sí que sería cosa grande! Y es muy fácil, a pesar de la enorme cantidad de dificultades subalternas que van a presentarse. ¡Santiago, y cierra España!

—¿Algo más para terminar?

—Este año han venido al Jubileo más de ciento cincuenta mil peregrinos. No dejemos que se pierda tal renovación de los siglos insignes. Por mi parte, y en mi modestia, no descansaré ni un instante. Voy a trabajar



«Respondo de que el tumor será estirpado», afirma García Sanchiz a nuestro Director, señalando con ademán fulminador a la antiestética mole del edificio del Banco de España.



El inimitable portavoz del «santiaguismo» ante la fachada maravillosa de las Platerías de la Catedral compostelana.

por la gloria del Apóstol y por la belleza de la ciudad. He ahí mi voto de 1943, Año Santo.

Nuestro reportero gráfico, Arturo, nos ruega nos demos prisa en salir, pues aún ha de acudir aquella mañana a la Universidad a hacer la información de la sesión inaugural del Congreso de Anatomía. Salimos. Hemos acordado tirar dos placas: una ante el edificio del Banco de España y otra ante la fachada de las Platerías de la Catedral maravillosa. Por las viejas rúas enlosadas de la eterna Compostela dirigimos nuestros pasos hacia allí, cruzándonos con grupos de sacerdotes y estudiantes, los dos personajes más frecuentes sobre el escenario urbano de la ciudad.

La masa granítica del Banco de España, nos sale al paso, de pronto; y nos detiene, parece que se nos echa encima.

—Todas las desdichas se han dado cita en esta malhadada obra—exclama García Sanchiz—. Hasta la piedra es de una calidad que no adquiere esa patina con que el tiempo, el aire y la lluvia barnizan a la piedra de la más alta y hermosa nobleza.

Efectivamente, el edificio, pesado, moderno, vulgar, rodeado de monumentos cargados de historia y de arte, verdinegros y solemnes, tiene algo de advenedizo, de insolente, de subversivo, y la más elemental estética—aparte de otras razones de índole sentimental—está pidiendo a gritos su urgente desplazamiento.

Sanchiz lo señala con un gesto fulminador, la boca fruncida en un rictus de infinito desprecio, y afirma rotundamente:

—Puedo asegurar que el tumor será extirpado, se lo repito.

Luego le acompaño a despedirse del Apóstol, dándole un abrazo y besando su esclavina jacobea. — E. C.

(Dibujo de Angel de la Fuente.—Fotos Arturo)

MOSTACILLA

Desde este número comienza a colaborar en nuestra Revista, el brillante periodista que oculta su nombre bajo el pseudónimo de «Man D'Uval», colaboración que estamos seguros será sumamente celebrada por nuestros lectores.

Uvas de Almería de sabor completo, por feliz Decreto sósis plato del día.

No váis a la cuba para haceros vino, más sósis postre fino y de buena uva.

Uvas de Almería de barato costre al fin y a la postre sósis postre del día.

Y aunque sea adusto el que ha de comeros, en la mesa, al veros, tendrá zumo gusto.

Uvas de Almería, fruto de las parras, no os ponéis en jarras. con chulapería.

Pero al que os increpa sósis postre obligado para que postrado vuestro gusto cepa.

Uvas de Almería, de tan grato zumo, hoy vuestro con-zumo es nuestra alegría.

Más, si soy sincero, ¡me costáis la vida! pues, tras mi comida, sósis... fruto postrero.

En varios pueblos de España (Plasencia, Quereño, Martos) hubo varios triples partos casi a un tiempo ¡cosa extraña!

Y aunque el caso es muy posible no sea del todo raro, yo lo veo poco claro y hasta, incluso, algo imposible.

En tan tremendo embarazo pregúntele a hombres de ciencia... Se rieron, más yo, a conciencia, no he dado a torcer mi brazo.

Pues me afirman dando gritos y poniendo grandes bríos, que el defecto de esos críos es que suelen ser bajitos.

Por lo mismo mis trabajos en esta cuestión no ceden, pues no entiendo como pueden ser triples y a más ser bajos.

Si la cosa me es oscura, será de trazos ingentes para los padres pacientes de tantísima criatura.

Por eso los papaitos están más muertos que vivos. aclarando los motivos de los partos tripartitos.

¡Pobre Arturito Pomar! dicen una y otra vez, cuando se pone a jugar Arturito al ajedrez.

Lo dicen al contemplar a tan tierna criatura como tiene que bregar ante partidas de altura.

¡No hay derecho!... Dicen siete. ¡Es un crimen!... Chillan diez. ¡Dénle primero el chupete... y después el ajedrez!

¿Y por qué la cosa toma tanto brío y tanto celo?... ¿Es qué quieren que se coma alfiles de caramelo?...

¿O quieren alzando el gallo, y dando tan grandes gritos que en vez de comer caballos se monte en los caballitos?...

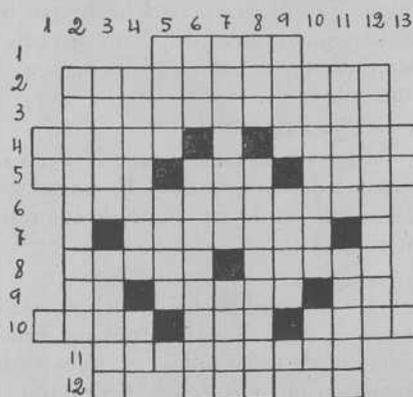
No es eso, señores, justo, ni es para ponerse así, pues puede darle más gusto un alfil que un pirulí.

¿O quieren, en su locura llena de terribles tramas, que siendo una criatura juegue Arturito... a las damas?

MAN D'UVAL

CRUCIGRAMA NÚM. 3

POR QUIQUE

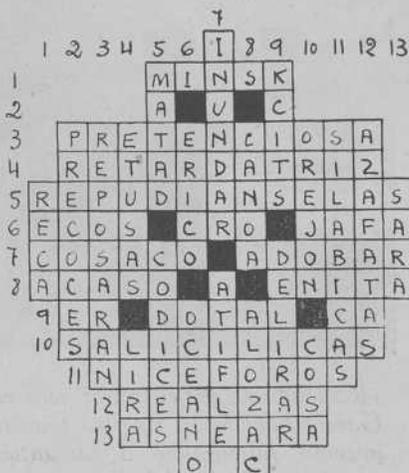


HORIZONTALES: 1. Alma del Purgatorio.—2. Magistrados encargados de la vigilancia de los efebos en los gimnasios griegos.—3. Pón-melo enfrente de otro.—4. Profeta que ascendió al Cielo en un carro de fuego. Alumbre.—5. Apócope de nombre de mujer. Unica. Sujetar.—6. Desperdiciadas.—7. Nombre de varón.—8. Relativo a una parte saliente del rostro. Codicie.—9. Repetido, canto del cuclillo. Cosa grande. Consonante.—10. Porción de una cosa colocada horizontalmente. Tercer hijo de Adán y Eva. Puntas agudas.—11. Permanezcamos en un sitio hasta que venga.—12. Pro-nombre personal.

VERTICALES: 1. Preposición.—2. Provincia española.—3. Roca de color verdoso con rayas amarillas. Levantes.—4. Religiosos. En la baraja.—5. Círculos. Una de las islas Marianas.—6. Impar. Diesen voces quejosas y prolongadas.—7. Muy viva. Héroe de los Nibelungos.—8. Posesivo, en femenino. Estátuas de hombres que sustentan sobre sus hombros los arquivates de las obras.—9. Enfermedad de los bronquios. Presto.—10. Techumbres de las casas. Río alemán.—11. Membrana externa de los peces para nadar. Engaño.—12. Manoseastela. 13. Terminación verbal.

La solución en el próximo número.

Solución del crucigrama anterior



RETABLO DE GALICIA

SAN PEDRO DE MEZONZO

EL AUTOR DE LA "SALVE, REGINA"

POR JOAQUIN PESQUEIRA



Imagen de San Pedro de Mezonzo, que se venera en La Coruña.

PENSABA un día referirme a un gran gallego: San Pedro de Mezonzo. Un reciente artículo de la ilustre escritora argentina Delfina Bunge de Gálvez, me hizo recordar, al leerlo, la figura de aquel Santo gallego. La señora de Gálvez hace una inspirada loanza a la Virgen María, que tiene, en ciertas partes, un sabor de la antifona "Salve, Regina". Y la "Salve, Regina", poema y oración de altísimo valor religioso y poético, fué compuesta a mediados del siglo décimo por el monje Pedro de Mezonzo.

Es muy corta la biografía de este monje, santo y poeta. Por la "Crónica compostelana" y otros documentos de la Edad Media, se sabe que Pedro Martínez de Mezonzo, nació en la comarca de Curtis, en la provincia de La Coruña. Era hijo de un caballero asturiano llamado Martín Placenti y de Doña Mustagia, dama noble de Sobrado. Pasó sus primeros años, educándose en casa de Doña Paterna, madre del obispo de Compostela Sisnando Menéndez, que fundó el monasterio de Sobrado y murió en la batalla de Fornelos peleando contra los normandos, en el año 957. Fué después monje en los monasterios de Mezonzo y de Sobrado de los Monjes. También se asegura que estuvo en el de Caaveiro. Pertenecía a la regla de San Benito, como otros grandes gallegos: el citado Sisnando Menéndez, San Rosendo (fundador de los monasterios de Caaveiro y Celanova), Adolfo II, Pelayo Rodríguez y D. Martín, que fueron obispos de Iria Flavia y Compostela; los polígrafos P. Feijóo y P. Sarmiento, el misionero P. Salvado, y otros sabios monjes de los conventos de Celanova, Sobrado y Osera, que brillaron en las letras, en la política y en la teología. Seguramente, siendo humildísimo fraile en Mezonzo o en Sobrado, compuso la famosa Salve. En el año 965 fué elegido abad de Mezonzo. En 985 era abad del monasterio de Antealtares, en Compostela, cuando se le nombró obispo. En el episcopologio de la archidiócesis gallega figura en décimo lugar, a partir de Teodomiro, descubridor del sepulcro del Apóstol Santiago y de sus discípulos Atanasio y Teodomiro en el año 813, y después de sus hermanos benitos San Rosendo y Pelayo Rodríguez. En el primer año de su pontificado (985) coronó en la Catedral de Compostela al rey Bermudo II. Tiempos después, en 11 de Agosto del 997, el caudillo árabe Ben-abí-Amir, Almanzor, haciendo su cuadrágésima irrupción por tierras cristianas, llegó a las puertas de Compostela. Entró a saco en ella y destruyó la ciudad y la catedral, llevándose a Córdoba, a hombros de cautivos gallegos, las puertas de la Basílica y las campanas menores, que sirvieron de lámparas en la mezquita de la capital del califato, hasta que ésta fué cobrada por el rey Fernando de manos del moro. No obstante, Almanzor respetó el sepulcro del Apóstol. El obispo, Pedro de Mezonzo, que había huído al acercarse las huestes sarracenas, reedificó el templo y la ciudad con mayor grandeza y suntuosidad. Y falleció en 10 de Septiembre de 1003, en olor de santidad, siendo canonizado más tarde.

La "Salve, Regina" es la "antifona que se reza en el oficio eclesiástico desde las primeras vísperas del domingo de la Santísima Trinidad hasta las primeras de Adviento, exclusive". He aquí, en latín, —idioma en que la escribió el monje benito,—el texto verdadero de la Salve: "Salve, Regina, mater misericordiae; vita, dulcedo et spes nostra, Salve. Ad te clamá mus éxsules filú Hevae. Ad te suspiramus geméntes et flentes in hoc lacrimárum valle. Eja ergo, advocata nostra, illos tuos misericórdes óculos ad nos converte. Et Jesum, benedictum fructum ventris tui, novis post hoc exsilium osténde. O clemens, o pía, o dulcis Virgo María." La fiel traducción castellana, bien fácil por cierto, dice así: "Salve, Reina, madre de misericordia; vida, dulzura y esperanza nuestra, salve. A tí clamamos los desterrados, hijos de Eva. A tí suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, abogada nuestra, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos. Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!" Otras palabras y otras expresiones de la Salve que reza actualmente la gente católica de España y América, son agregados posteriores que en nada alteran, sin duda, su precioso mérito religioso. Pero, así, sencilla, en su verdadero texto, con el suave candor medioeval,—de viejo latín rimado, que diría Valle Inclán,—y la fe, la hondísima fe, que en ella rezuma, la "Salve, Regina" es un bello poema literario y religioso que trasciende a dulce miel campesina y aromada. En efecto: la "Salve, Regina", vertida a todos los idiomas del mundo, conserva en todos, casi al igual que en latín, su inspiración, su dulzura, su fragancia y su religiosidad pristinas. Era una oración sencilla y bella que los espíritus primitivos del Medioevo comprendían y admiraban. Así se explica su rápida difusión por todo el orbe conocido. Ya en 1096, cuando Adhemar de Puy salió en la primera cruzada a Tierra Santa, la "Salve, Regina" era el himno que cantaban los cruzados pidiendo para su expedición la protección de la Virgen. Se llamó entonces "Antiphona de

Podio". En la décimatercera centuria los habitantes de las costas de España cantaban la Salve, que por eso se denominó también "Cantio Nautica". Así lo afirma, en dicho siglo, en su obra "Rationale divinatorum officiorum", el monje Durando. Y esto da visos de veracidad a una afirmación de Clark, en "Old and new Lights ou Columbres": que los marineros que Colón llevó en sus viajes a América cantaban familiarmente la Salve, porque todos eran naturales de las costas del Norte de España (¿No se asegura que Colón nació en Pontevedra de Galicia?) Algunos eruditos alemanes atribuyen la Salve a fray Hermann Contractus, monje de la abadía de Reichenau, isla del lago Constanza. Pero Durando, mayor autoridad por su obra y por la época en que la escribió, dice que aquél compuso la "Antiphona de Podio"—la Salve —y el segundo la "Antiphona Alma Redemptoris Mater". Finalmente, en 6 de Enero de 1884, el Pontífice León XIII incluyó la "Salve, Regina" en las "Preces leoninae", que se rezan al final del Sacrificio de la Misa.

Al decir de algunos cronistas, San Pedro de Mezonzo era en su juventud, cuando compuso la Salve, un monje humildísimo y místico, que gustaba divagar por las tupidas robledas y los frondosos castañares de Sobrado y de Mezonzo, a solas en su pensar y su amor a Dios, como aquel otro monje de la leyenda del pajarillo canoro de Armenteira. Es decir: poeta. Y un poeta, un inspiradísimo poeta, tenía que ser quien compuso una oración tan hermosa, tan cálida, en loor de la Madre del Señor. Solo el Ángel, en su Anunciación, dijo a María algo tan bello y elocuente: "Llena eres de gracia: el Señor es contigo, y bendita eres entre todas las mujeres". Si María es flor de poesía, nadie mejor que Pedro de Mezonzo se inspiró en ella. Y es su Salve, tal vez, la primera manifestación de este género que hizo el mundo cristiano para pedir a María, hija de Joaquín y de Ana, su valiosa intercepción ante el trono del Señor. Vale la pena, pues, poner de relieve la figura eminente de este prelado gallego, santo y poeta, autor de la más bella poesía.



GALICIA

(Para FINISTERRE)

Esfinge campesina, meditativa y densa,
plantada en el crucero del hórreo y el camino,
que tiene un extraño misterio sibilino
en su pupila glauca, desvaída y extensa.

La azada al hombro, rígida, en la mano distensa,
como cetro supremo de un reino peregrino;
y en el ceño fruncido, clave de tu destino,
la fuerza milenaria de una estatua que piensa.

¿Qué secreto se alberga en tu frente buida,
de célticos perfiles sombríos y ancestrales...?
Tú callas, en la hermética eurtimia de tu vida;

y en vano te interrogan, hambrientos, los mortales,
que tu voz solo tiene ecos de maizales
en la tarde que muere serena y desuncida.

JACOBO J. REY PORTO



MACIAS, EL ENAMORADO

TROVADOR GALLEGO DEL SIGLO XIV

Nació a orillas del Ulla como Rosalía, en tierra de flores oreada por brisas marinas, bajo un cielo pródigo de húmedas caricias.

El otro poeta gallego del Cancionero de Baena, Rodríguez del Padrón, desea el mismo epitafio para su sepultura y para la de Macías:

*Una tierra los crió,
Una muerte los levó,
Una gloria los posea.*

Pronto emprende la senda caballeresca y romántica de la corte y del amor. Los pormenores de su existencia se pierden en relatos fabulosos, entre los reinados de Pedro el Cruel y de Enrique el Doliente. Y más que por sus versos, es conocido Macías por la leyenda que envuelve su vida: amó mucho y fué correspondido; el casamiento de la dama le hizo tempranamente «grande y virtuosa víctima de Cupida». El cuerpo del que naciera en tierra de flores se dice que descansó en tierras desnudas quemadas del sol.

La leyenda es confusa; el Condestable de Portugal, Fernán Núñez y Argote de Molina, la relatan a su manera. Pero el trovador gallego lleva unido a su nombre un título que le basta: Macías o Namorado.

Y el amor, tierno y acendrado, sigue latiendo en sus estrofas medievales; es una canción lejana que revive siempre en las cuitas idílicas de los campos de maíz y de las rías de ensueño. Sólo Macías murió de amor; con frecuencia mueren de amor en Galicia, cautivos de tristeza, y el dolor del vivir va unido a nuestra psicología:

*¡Ai amor! en rememrança
En meu cor tenno tu lança
De amargura.*

Hoy, como entonces, bajo la ventana de la amada cantan los mozos en las noches claras de luna; también el poeta «Enamorado» regalaba los oídos de su dama con trovas encendidas y apasionadas:

*Non sei logar tan forte
Que me defenda
Da tu mui grande beldade;
En ela tenno a morte.
Sen contenda
Se me non val tu bondade.*

Por un camino de versos nos conduce luego, a las sublimidades del amor y nos muestra su corazón herido:

*O meu corazón sin seso
Des que as suas azes vido,
Falleceume e foi preso
E finquei mui mal ferido.*

Cuando se traslada a la Corte, lejos del objeto de su cariño, nuestro trovador siente la angustia de la separación; la pena de la ausencia le ahoga, pero evoca también en sus versos las pasadas horas felices; el recuerdo de la mujer amada es el puerto de su dicha, el destino de su vida:

*Non me quexo de ty agoru
Amor, sy padesco mal
Poys me distes por señora
Noble vista angélical.*

Le consuela su belleza incomparable y la canta en estrofas llenas de ternura:

*¿Quién sy no los serafines
Vos vençen de fermosura,
De niñes e de frescura,
Linda flor de los jazmines?*

A pesar de la ausencia, el amor persiste clavado como una flecha candente en el corazón de Macías, es constante, perdurable, como tiene que ser el amor; y cuando a su regreso a Jaén le sorprende el matrimonio celebrado, sigue amando lo mismo; la bondad de Elvira es tal que no se olvidará de él, le conservará como antes en su pensamiento... Se deja arrastrar por el destino fatal, porque:

*Suyo siempre fuy e só
Nin d'otra jamás sería.*

Como broche de su producción, queda el prelude de una abandonada o perdida estrofa: «Ruysenyor béote quejoso». El ruiseñor ha cantado todas las cuitas de amor, del amor que le causará la muerte prematuramente. Vé una vez más a la dama de sus pensamientos; con un presentimiento triste musita una cantinela quejosa: «Mi señora puso aquí sus pies, en cuyas pisadas yo entiendo bevir e fenesçer mi triste vida». Es la última visión de la bienamada y la última trova de sus cantigas eróticas. Allí mismo, la bruñida lanza del caballero engañado horadó su pecho; la sangre caliente celebró sus nupcias con la tierra, su cuerpo se desplomó palpitante sobre las preciadas huellas femeninas.

La leyenda domina toda su vida; los amores ilícitos merecieron el justo castigo de su trágico fin. Su verbo encendido de pasión aun reverbera en las páginas del Cancionero de Baena.

Y los aires gallegos, aromados de iodo y henchidos de tonadas sentimentales, aun pregonan la música dolorida de su corazón enamorado:

¡Ay amor, amor...!

BENITO VARELA JÁCOME

La princesa Rosablanca se aburría, presa entre los espesos muros de la etiqueta palaciega, que coartaba su libertad. Nadie escuchaba sus infantiles protestas, ni se preocupaba de las ansias de aquel corazoncito; ni siquiera Francisca, su nodriza, que la quería con locura. ¡Claro!, ¿cómo iba ella a darse cuenta de la necesidad que siente una niña de ocho años de jugar, saltar y hacer diabluras? ¡Hacia tanto tiempo que no le pedía el cuerpo estas cosas!

Y la pobre niña se aburría; se aburría en medio de una Corte que parecía adorarla y rodeada de reverendos linajudos, que hacían ante ella exageradas reverencias. La duquesa de Saucelloron era su aya; su camarera mayor, la marquesa de Pinotriste, y la compañera señalada para sus juegos y correrías, la condesa Pantaleona, una petable dama de cincuenta primaveras.

¡Sus juegos y correrías! ¡Qué sarcasmo! Saltan los dos muy compuestas y arregladas, después de haber sufrido el martirio de que la marquesa de Pinotriste peinara a conciencia sus rubios tirabuzones y le vistiera un traje con muchos encajes, gasas y y abalorios que la molestanta horriblemente. Se acomodaban en la suntuosa carroza de concha y nácar y se dejaban pasear muy solemnemente, contestando a derecha e izquierda con ademán majestuoso a los reverentes saludos que les dirigía el pueblo al pasar. A Rosablanca este movimiento continuo de la cabeza le fastidiaba bastante, ya que al final del paseo le dolía el cuello un horror y sus lindos tirabuzones habían crecido un palmo. Si le apetecía comer alguna golosina de la muchas que venden para los niños, se la decía invariablemente que todas ellas tenían «microbios», y con un gesto de repulsión exagerado añadía la impingorotada condesa Pantaleona que eran éstos unos bichitos pequeños, que causaban la muerte o enfermedades muy penosas. ¡Cómo abría Rosablanca los azules ojos deseando ver los tales bichitos, sin lograrlo nunca! Otro de sus deseos locos era el Parque de Atracciones. ¡Oh, aquella montaña rusa y los caballitos del Tiovivo!... Pero siempre que con pueril temor iniciaba unas palabras sobre el particular, se le decía que era impropio de su rango, que eran cosas de niñas plebeyas...

Y ella deseaba con todas las fuerzas de su alma infantil ser niña plebeya unos cuantos días. Una mañana había oído decir a su camarera, la marquesa de Pinotriste:

«¡Hay que ver la niña del guardabosque como se parece a Su Alteza!»

Y la duquesa, su aya, había contestado: «Es cierto, tiene sus mismos ojos y su misma cara. Si fuese más limpia y mejor vestida, serían idénticas.»

Desde entonces estaba rabiando por conocer a la hija del guardabosque, lo que logró al cabo, llenándola de envidia el espectáculo que se ofreció a sus ojos: Florsilvestre, sueltos y alborotados los cabellos, que el viento acariciaba, con un vestido con muchos agujeros, por dos de los cuales sacaba los desnudos brazos y desnudos también los pies, estaba sumergida en el arroyo, con agua hasta media pierna, y se entretenía en buscar guijarros y chinitas, que iba reuniendo en un cestillo.

¡Qué divertido era aquello!... Seguramente que la hija del guardabosque no se aburría tanto como ella.

En seguida que este pensamiento tomó forma, otro le siguió con valentía. ¡Si quisiera un día cambiar!... ¿No decían que se parecía tanto?... Y dándole vueltas a la atrevida idea, que poco a poco se agrandaba en su imaginación, aprovechó una mañana que estaba sola con su nodriza y, entre mimos y caricias, le hizo conocer su plan, qué precisaba de su ayuda. ¡Pobre Francisca! ¡Ella, que por un beso de su niña se dejaría matar!... Y aquel día fueron muchos, muchísimos, los que recibió. ¿Cómo se podría negar? Y después de idas y de vueltas, de ofertas generosas que fueron aceptadas y juramentos de reserva absoluta, la linda princesita fué sustituida una mañana por Florsilvestre. Esta estaba contentísima. También ella al pasar Rosablanca la había mirado envidiosa, diciendo: «¡Qué bonita!... Pero si yo llevara ese lindo vestido y esos tirabuzones, también sería bonita como ella. Seguramente que la princesa no tendrá, como yo, que dar de comer a las gallinas, sacar las cabras al monte, y llevar la vaca a abrevar. ¡Qué feliz debe ser! ¿Porqué no nacerán princesas todas las niñas?»

Y ante la propuesta llegada de improviso, los ojos agrandados por el asombro, miraban en derredor como temiendo soñar. ¡Va-



Postela

página infantil



Por qué maté a tío Olegario

(Viene de la página 24)

Los compañeros de la escuela empezaron a llamarme nuevamente «Boleca» y los vecinos sonreían victoriosos cuando pasaban mis padres.

Volvió a reinar la tristeza en la casa. La mirada de mi madre hízose más melancólica que nunca. Mi padre vagaba de un lado a otro, con su ceño duro que le daba un aire casi inhumano, y su mirada rehuía el contacto con la nuestra.

Yo sentía un rencor concentrado, inmenso. Algo como un huracán de odio, que amenazaba destrozarme el pecho. ¡Ah, como descansaría si pudiera vaciar todo aquello! Pero yo era débil, insignificante y mi desesperación superaba a mis escasas fuerzas.

Un día por la atardecida, llegué a casa con una idea fija, clavada en mi mente. Mis padres no estaban. En la casa, sola y fría, sonaron como martillazos mis pasos resueltos. Llegué a la sala de visitas. El retrato de tío Olegario me miraba estúpidamente desde su marco dorado.

—¡Canalla! ¡Ladrón! —le increpé violentamente— ¡Qué sangre descastada corría por tus venas? ¡Mal hombre!

De pronto una nube de sangre se agolpó en mis ojos. Me pareció percibir que tío Olegario se sonreía irónicamente detrás de sus barbas sucias y revueltas. Sentí que el furor homicida me poseía como a un endemoniado. Quise seguir apostrofando y la voz se apagaba en mi garganta: ¡Mátalo! ¡Mátalo! Me ordenaba un mandato irresistible.

Me encaramé sobre una silla, descolgué el retrato y con todas mis fuerzas lo destrocé contra el suelo. Después con el machete de Maceo, gloria y botín de mi abuelo, que blandí en mis manos vengativas, fuí apuñalando aquel rostro odioso hasta dejarlo horriblemente mutilado, aventando después por el balcón los restos malditos.

Un gran suspiro de desahogo salió de mi pecho a la par que, como un auténtico asesino, me contemplaba las manos trémulas que me figuraba tintas en sangre.

ya si estaba bonita Florsilvestre, peinados en tirabuzones los rubios y perfumados cabellos; calzados los diminutos pies con zapatitos de raso, y con un vestido que era una nube de encaje vaporoso, parecía una princesa de verdad.

Un poco le molestaba el calzado y algo le cohibía en sus movimientos el complicado traje, pero esto no era importante comparado con lo que se iba a divertir. ¡Ahi era nada! ¡Ser un día princesa, nada menos que princesa!

Por la mañana la llevaron a un solemne besamano, en el que se permitió bostezar dos o tres veces. Luego asistió a un Consejo, a una misa cantada y a varios actos oficiales, en los que se hartó de recibir reverencias. ¡Ya le dolía la cabeza de contestar a ellas! Llegó la hora del paseo y supo del goce, imaginado por ella como cosa de magia y encantamiento, de pasearse lujosamente ataviada, en una soberbia carroza. El vestido que le pusieron a este fin, era el octavo que lucía en aquel día interminable, en el que la ansiada diversión no llegaba nunca. Era princesa, tenía cientos de trajes, todos suntuosos; su casa era un palacio y todos los ciudadanos que la llamaban Alteza, sus servidores. Pero... ¡qué aburrido era todo aquello!

En cambio la princesa, ¡qué día pasó!

Jamás lo olvidaría, aunque viviera cien años. Con los cabellos enmarañados, desnudos los pies y cubierto el cuerpo con el traje de Florsilvestre, corrió a su sabor por el bosque, triscando como un corderillo; cogió guijas del arroyo; trepó por las ramas de los árboles y sorprendió en los nidos el sueño de los pajaritos. Las cabras, la vaca y las gallinas fueron sus mejores amigas y compartieron con ella sus diversiones. ¡Nunca había sido tan feliz!

Por la tarde bajó a la ciudad y ¡allí fué Troya! Comió mazapanes, avellanas y puros de caramelo. Subió a la montaña rusa, al Tiovivo y al taboán. Y en todas partes donde iba encontraba amiguitas, niñas alegres como ella, que reían y charlaban, acompañándolas gustosas. Su pueblo le parecía un pueblo distinto, distinto el aire que acariciaba; distinto el cielo, que lucía sin nubes; distinto el ambiente, distintas las flores, distintos los rostros que adornaba la sonrisa. Nada de caras serias, rígidas y estiradas. Todos como ella, reían, disfrutaban y eran felices.

Cuando ambas niñas ocuparon sus respectivos puestos, Rosablanca abrazó muy fuerte a su nodriza diciendo:

—¡Qué día tan dichoso! ¡Cuánto, cuánto me he divertido!...

Y Florsilvestre, tendida en el lecho donde la tumbó el cansancio de no hacer nada, le decía a su madre, rodeándole el cuello con los brazos:

—¡Cuánta cosa hermosa, madre; pero... que aburrido es ser princesa!

MARIA LUISA

POESIAS PARA LOS NIÑOS

LA COJITA

La niña sonríe: «¡Espera, voy a cojer la muleta!»

Sol y rosas. La arboleda movida y fresca, dardea limpias luces verdes. Gresca de pájaros, brisas nuevas.

La niña sonríe: «¡Espera, voy a cojer la muleta!»

Un cielo de ensueño y seda, hasta el corazón se entra. Los niños, de blanco, juegan, chillan, sudan, llegan:

«... menaaa!»

La niña sonríe: «Espeera, voy a cojer la muleta!»

Saltan sus ojos. Le cuelga, girando falsa la pierna. Le duele el hombro. Jadea contra los chopos. Se sienta.

Ríe y llora y ríe: «¡Espera, voy a cojer la muleta!»

¡Mas los pájaros no esperan; los niños no esperan! Yerra la primavera. Es la fiesta del que corre y del que vuela... La niña sonríe: «¡Espera, voy a cojer la muleta!»

LA NIÑEZ DE LOS GALLEGOS
CÉLEBRES

Casto Méndez Núñez

El 1 de julio de 1824, nació en la ciudad de Vigo un niño, al que pusieron por nombre Casto, siendo sus padres de familia antigua y honorable de Galicia.

Transcurre plácidamente la infancia de Castito, como le llamaba cariñosamente su madre, ora en Pontevedra, ora en Marín, ora en Vigo, y en esta última hizo los estudios elementales y preparatorios para examinarse de guardia marina; porque su mayor ilusión era emprender viajes por el mar, ser un buen marino y ponerse al servicio de España.

Cuéntase y afirmase que cuando sólo frisaba trece años, 1837, salió, como tenía por costumbre, una tarde de plácido estío a pasear por la orilla de una de las rias pontevedresas. Soñaba aquel niño robusto, de tez morena y ojos claros y penetrantes, con quiméricas aventuras, cuando sintió unos conmovedores gritos:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mamá! ¡Mamaaaá!...

Corrió al lugar de donde ventan y vió a dos niñitos luchando contra la bravura de las olas. Sin esperar más y despreciando el peligro en que ponía su vida, se lanzó al agua logrando salvarlos después de fatigosa lucha.

En esto acudió gente y entre ella un capitán de navío, que viendo el arrojo y valentía del joven se acercó a él, y poniéndole una mano sobre el hombro le dijo de esta suerte:

—«Tú llegarás a ser un gran hombre».

El capitán de navío no se había equivocado al presagiar, en el salvador, un ilustre futuro.

E. CANDA

EMILIO A. NEGREIRA

En Madrid con Pilar Millán Astray

(Viene de la página 18)

ra, dedicadas a sus compañeras de cárcel. Como excepción, una está dedicada a un personaje triste y repugnante: Julián Moreno López, director de la cárcel de Alacuás. Es un soneto, y en él Pilar Millán Astray pone al miserable como chupa de dómine. Las páginas aparecen exornadas con curiosos dibujos de Santa María, Margot Larios y Trini Morcillo, principalmente, algunos a tricómia.

—¿Está usted contenta de su suerte?

—Sí. Soy optimista en extremo. Mi optimismo y mi amor a España, a la que amo con toda mi alma, me salvaron del infierno rojo. A cambio de mis sufrimientos en el cautiverio, no he recibido más que distinciones que me llenan de orgullo: la Gran Cruz de Beneficencia, la Laureada Civil, con juicio contradictorio, y la presidencia de la Congregación de Nuestra Señora de la Novena, Patrona de los Artistas españoles, que cuenta entre sus congregantes nada menos que a Lope de Vega y Calderón de la Barca. En los cuatro siglos que lleva fundada, yo soy la primera mujer que es exaltada al cargo de Presidenta; hasta ahora todos han sido hombres.

La noche ya está asomada a los cristales. Para terminar:

—¿Su mayor tristeza?

—Cuando se murió mi padre.

—¿Su mayor alegría?

—Cuando oí el llanto del primer hijo.

—Muchas gracias, doña Pilar.

Una doncella entra y enciende las luces. Después se inclina, recoge el tontillo de la camilla y firma en el brasero. Llegan la hija y la prima de la escritora. Presentaciones. La velada continúa. Pero yo creo que, al igual que en el brasero, se impone ya la firma.

Comendable

1

ES curioso observar las distintas modalidades con que los vendedores de periódicos vocean en la calle su mercancía impresa: entre los mil ruidos que despiertan a la ciudad cada mañana, ninguno tan chillón y familiar como el pregón periodístico, que nos llega hasta la cama como el aviso de un despertador sistemático y escandaloso.

Cada vendedor tiene su estilo característico que lo define y lo distingue; pero acaso ninguno dió nunca a su profesión la dignidad y responsabilidad del «Chancas» de Orense.

Nuestro personaje era el primer lector de su diario: recién llegado el paquete de los ejemplares lo leía desde la primera a la última página, buscando la noticia «bomba» para vocearla, juntamente con el título del diario. El día que los periódicos dieron la noticia de la muerte de Marconi, el «Chancas» no necesitó seguir leyendo: aquí estaba el pregón sensacional. Y ni corto ni perezoso se lanzó a la calle, gritando hasta enronquecer:

—¡«El Pueblo Gallego»! ¡Con la muerte de un home moi bó que inventou a luz!

2

DOS gotas del caudaloso ingenio de Don Ramón del Valle Inclán:

Se ensalzaba delante de Valle Inclán a un crítico musical. Uno de los reunidos llegó al extremo de decir, como argumento definitivo para probar su valía:

—En una palabra. Es un excelente músico, y con esto queda dicho todo.

Valle Inclán miró al que acababa de hablar y exclamó:

—Antes tendrá usted que demostrarnos que los lagartos entienden de Historia Natural.

* * *

—¡Qué ingenio tiene! ¡Habrá que ver la cantidad de pensamientos magníficos que se le habrán ocurrido a este hombre!—, decían un día a Valle Inclán de un comediógrafo que acababa de estrenar una obra.

Don Ramón completó el elogio, diciendo:

—Sí, pero es una lástima que sea tan avaro: se los guarda todos.

3

EN una Sociedad Recreativa de una villa orensana, se celebraba un «asalto» animadísimo, al que concurría lo más granado de la localidad.

Hacia un calor sofocante en el salón, y los abanicos no se daban punto de reposo.

Un forastero —el que nos cuenta el caso— pidió un momento el abanico a la damisela que acompañaba y comenzó a darse aire ávidamente.

—¡Por Dios, Fulanito — le dijo alarmada su «partenaire» —ten cuidado que me vas a derramar el abanico!

4

UN señor de Ribadavia se retiró un día de los negocios, suficientemente «forado» para permitirse vivir a todo «confort» el resto de sus años. Y, como primera providencia y tónica de su nuevo estado, adquirió un automóvil en una agencia de Orense.

Un empleado llegó con el coche a la capital del Ribero y, durante varios días, se dedicó a ejercitar al comprador en el manejo del vehículo, imponiéndole a la ligera del uso de los diferentes adminículos que son necesarios para saber conducir. Tan a la ligera, que el acaudalado señor se vió y deseó para salir de los apuros de cada día al quedarse solo y abandonado a sus propias fuerzas. La velocidad máxima no rebasaba en ningún caso los cuarenta por hora, y aún así más de una vez chocó contra algún árbol, tercaamente empeñado en plantarse delante del «auto», haciéndose dueño absoluto de la carretera.

En cierta ocasión se hizo de noche durante el laborioso paseo, y a fuerza de manejar palancas y oprimir botones, al azar, logró encender los faros el inexperto chófer. Pero al regresar, ya en el garage le fué imposible de todo punto dar con el «quid» que apagase aquéllos.

Desesperado, envió un telegrama a la agencia concebido en estos términos:

«Faros encendidos. Dígame que hago.»

La agencia le contestó, lacónicamente:

«Apáguelos.»

5

ACTUABA en un teatro de Pontevedra una Compañía de Zarzuela que era un verdadero desastre artístico: desafiaba hasta el apuntador.

El elenco amenazaba con «desahacerse» en la ciudad del Lérez, ante la angustiada ausencia del público, que desde el primer día volvió la espalda a aquella pandilla de desaprensivos; y para remediar la crisis y que al menos los fondistas pudiesen cobrar, se echó mano del socorrido recurso en tales trances: venta de las entradas a domicilio por distinguidas y caritativas señoritas de la localidad.

La obra elegida para el beneficio fué «La Tempestad». El teatro se llenó completamente.

Como en noches anteriores, los «gallos» menudeaban como para decidirse a instalar una granja avícola, y se conde que la orquesta y los cantantes estaban de «morros», pues no había manera de que fuesen de acuerdo.

Al llegar, a ciencia y paciencia del respetable, a aquel pasaje tan conocido de «pasó la tormenta, el trueno ha cesado», etc., un conocido baritono «amater» pontevedrés, que en su tiempo alcanzó merecido renombre, se levantó de su asiento y dijo, disculpándose en voz alta:

—Señores: yo, aprovechando este escampito, me marchó.

6

ALGUNOS «gazapos» periodísticos merecían ser recogidos en una antología.

Es fruta que se da abundantemente en todos climas y en todos los tiempos.

Nosotros tenemos en cartera una rica colección de «gazapos» que iremos soltando poco a poco.

Ahí va una muestra:

El corresponsal de un periódico gallego en un pueblo de la provincia de La Coruña, daba la triste noticia de que un convecino había sido mordido por una víbora en ocasión de hallarse efectuando las faenas del campo, a consecuencia de lo cual había fallecido a las pocas horas.

El redactor local comentaba por su cuenta: «Nosotros creemos que el reptil era venenoso.»